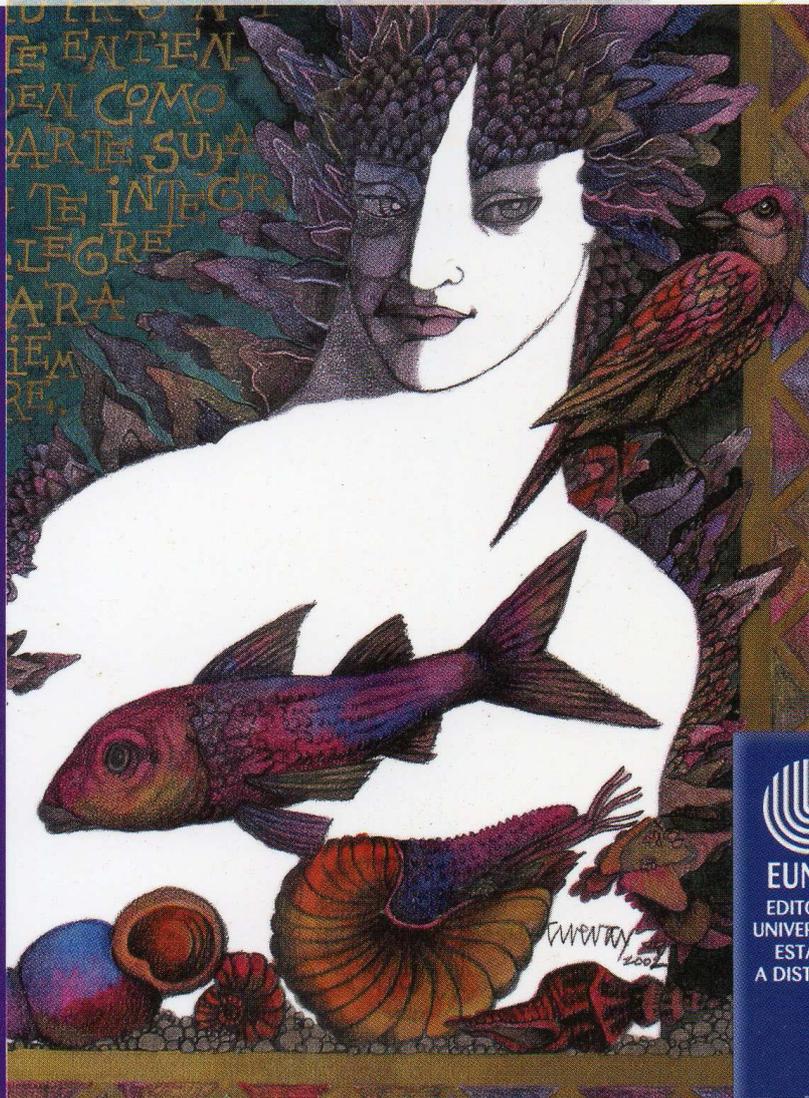


RAFAEL CUEVAS MOLINA

Recuerdos del mar



COLECCIÓN VIEJA Y NUEVA NARRATIVA COSTARRICENSE N° 80



EUNED
EDITORIAL
UNIVERSIDAD
ESTATAL
A DISTANCIA

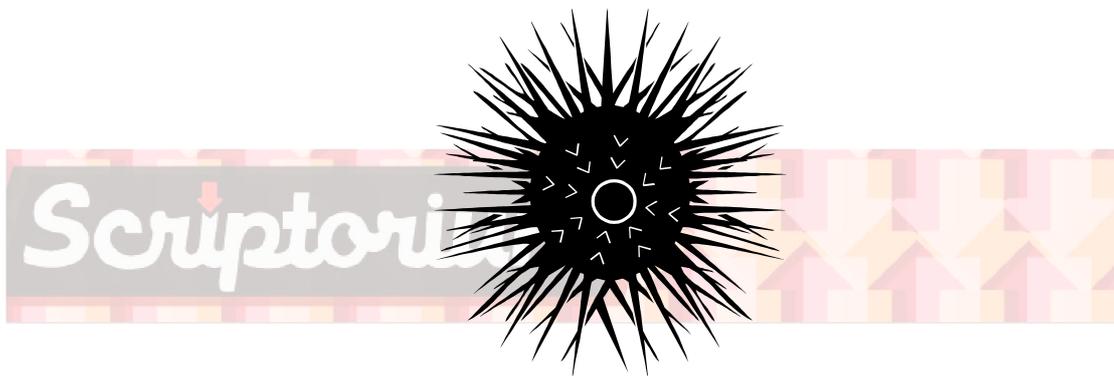
Rafael Cuevas Molina

San José



ISBN 9968-31-334-3

RECUERDOS DEL MAR



Rafael Cuevas Molina



Scriptorium

A mi hermano

Luis Eduardo



Scriptorium

La felicidad consiste en haber visto
y saber recordar
Mario Payeras

L

os que aparecen en esta historia han muerto o ya no me recuerdan. Lo he comprobado personalmente. Yo los llevo en la memoria y ahí los guardo celosamente.

Quien me mira no sospecha lo que porto: un mundo con luces y sombras en donde a veces sopla la brisa del mar y un poderoso olor a salitre penetra hasta lo más hondo del cuerpo. Ellos están siempre ahí, aunque a veces parece que se han ido porque no se oyen ni se ven. Entonces creo que los he perdido para siempre, que he vuelto los ojos hacia otra parte, olvidándolos. Pero no es así. Basta un descuido o un momento de descanso para que compruebe que siguen estando vivos como siempre, bajo la costra de la ofuscación cotidiana. Reaparecen haciendo lo que siempre han hecho, sin siquiera darse cuenta que los había perdido, ignorando los vericuetos en donde me extravió. Yo soy quien se alegra, quien considera importante el reencuentro porque ellos forman parte del sentido. Sin ellos me pierdo y me opaco. Con ellos retorno.

En esos recuerdos hay una mujer: la intrascendente, la solitaria, la silenciosa. Es una idea fija de alguien a la orilla del océano en una playa casi siempre solitaria. Sobre ella y el mar son estas memorias que hoy muestro, impúdico, ante los ojos de quienes no la conocen ni la conocerán nunca: sobre la mujer que vive, lejana, en los bordes de la masa de agua que choca sobre una playa abierta de arenas grises. Estas líneas muestran un secreto, hacen surgir lo escondido, desentierran lo que estaba oculto y también son inexactas: nadie sabrá por ellas la verdad de las verdades. Porque nadie sabe, a ciencia cierta, la verdad de las verdades. Pero tampoco interesa. Lo importante es que ella y el mar permanezcan intactos como parte de alguno de

los pilares que sostienen a la vida. Es lo que debe protegerse para que no se rompan los amarres que unen y mantienen al corazón que bombea, al núcleo donde flamean los descoloridos pendones familiares.

Ella es Abril, la pequeña solitaria marítima que forma parte de ese íntimo universo. Es una estrella palpitante que titila y se pierde entre millones, una galaxia que gira e ilumina. Es también un laberinto abandonado, un abalorio precioso olvidado sobre la arena ardiente. En ella se expresa, muda, la voz del universo que pulsa y se expande por los retículos de sus venas rojas, que aspira y expira el viento salitroso de la playa a través de sus pulmones. En las palmas de sus manos se reproducen los rastros primigenios. En sus pies están grabadas todas las huellas. A través de sus ojos entra toda la luz del mundo.

Abril es también una brizna endeble y quebradiza abandonada en un lugar apartado del planeta. Ella no cuenta ni tampoco importa: es una mujer cualquiera en una orilla en donde bate a toda hora el agua del océano. Sus gestos son intrascendentes, sus palabras nunca dicen nada interesante y sus ojos jamás ven algo que valga la pena. Por eso Abril no cuenta, y tal vez alguien diga que no existe.

Me estoy refiriendo a una mujer que vive en el límite del Océano Pacífico, en una playa gris que se extiende a ambos lados hasta perderse entre la bruma. Nadie encontrará algo sobre ella en otra parte, un dato, una cifra, una noticia que dé cuenta que está viviendo con nosotros. Yo escribiré y diré mis recuerdos. La describiré como la vi en la playa bajo el sol calcinante del trópico, o como ella misma se veía en un espejo oxidado que desfiguraba su imagen. Hablaré sobre ella no porque sea necesario ni porque a alguien le interese. Diré las cosas aún sabiendo que lo dicho será barrido por el viento. Es la verdad y la conoz-

co, nadie tiene que venir a recordármelo: mis palabras son volátiles como la vida de Abril junto a la playa. Escribo sólo porque lo necesita mi bombeante pulsión de sentido para no perder de vista el lugar de donde viene. Ella forma parte de la urdimbre aunque sea sólo una brizna perdida en un lugar que la mayoría ignora.

Abril no sabe del lugar central que ocupa en mi memoria, de la necesidad que tengo de mantenerla viva, de renovar su imagen silenciosa. Junto a ella están las palmeras y la arena que hierve con el sol del medio día y se mantiene tibia hasta la media noche; los caserones solitarios y sus corredores desde donde se ven las olas espumosas en la marea alta; el río y los manglares con flores amarillas en donde duermen las iguanas. Ella simplemente se sienta junto a la corriente, bajo la sombra de los almendros, y deja pasar el tiempo cuando el día se adentra lentamente en la penumbra, mientras nadan los peces plateados entre las raíces de los bosques tropicales que se incrustan en el agua y vuelan las garzas blancas sobre las crestas altísimas de los árboles más viejos. No piensa en mí ni le interesa mi memoria. No estoy en su vida, yo que necesito de ella. En otro tiempo formé parte de su entorno. Ella me miraba y me nombraba. Tal vez hasta esperaba el momento en que me vería de nuevo. Si alguien me hubiera mencionado frente a ella puede ser que volviera el rostro interesada. Abril sabía de mí, conocía mi figura y habría reconocido mi voz al escucharla. Eran otros tiempos. Ahora, se sienta bajo los almendros o bajo los cocales y el último en quien piensa es en mí, porque yo desaparecí hace muchos años de su vida y aparentemente no dejé ninguna huella, no estampé ninguna marca ni dejé ningún rasguño. Por eso no me recuerda cuando se sienta al final de la tarde a mirar cómo saltan las olinas plateadas en el estero.

Yo quisiera que ella recordara mi rostro o algo relacionado conmigo, aunque los rasgos de mi cara se le hubiesen borrado. Es un asunto de amor propio: alguien que forma parte de los bastiones centrales de tu vida debería evocarte alguna vez en su memoria. Y una evocación no es un recuerdo, es menos que eso: es un sentimiento vago. Piensa, sin embargo, en otras cosas mientras se sienta a la orilla del estero y descansa, o cuando camina por la playa y se le agita la falda con el viento.

Así están las cosas. Al pararse frente al viento con los árboles del río a sus espaldas parece que atisba el horizonte, que se regodea con la inmensidad del océano abierto ante su vista. Quieta, con las piernas separadas y los ojos entornados, es como una recién llegada a esa orilla. Parece una extranjera frente al vasto espacio, como si no hubiera vivido ahí por siempre. Pero ella nació en el borde de ese mar, en el mismo lugar precario en el que viviría siempre. No se trasladó nunca, no se movió hacia otra parte. En donde yo la conocí había nacido y ahí sigue estando ahora, bajo el sol abrasador que reverbera sobre la arena ferrosa de la playa. Ella me vio llegar e irme, me toleró mientras estuve y luego me sepultó entre las dunas cercanas a la barra. Después permaneció en ese espacio que conocía como la palma de la mano y podía recorrer de noche.

-II-

Cuando nació su madre la llamó Abril, mes en el que llegan las lluvias, abundan los mangos, empieza a crecer el río y los manglares retoñan sobre el suelo donde se mueven los cangrejos. Guardo imágenes inventadas que la retratan en los años cuando aún no la conocía: el cielo nublado sobre su cabeza pequeña y silenciosa mientras permanece sentada sobre el piso arenoso de su casa; dando sus primeros pasos a los dos años;

llorando bajo el quicio de una puerta sin que nadie acuda para ver lo que le pasa; o Abril flaca, sucia y desgredada con un vestido de tafetán rosado, con los ojos siempre tristes y un dedo que apunta a la nariz mocososa. Al fondo, recortado contra la ventana sin cristales, la figura enjuta y severa de su padre de quien tengo apenas una vaga idea y de quien no recuerdo la voz en absoluto.

¿Cómo sería Abril a los quince años? Puedo imaginarla recorriendo alguno de los anchos corredores que daban al mar, haciendo surcos con el pie en la arena esparcida sobre la madera del piso y recostándose en los barandales podridos que se bamboleaban bajo el peso de su cuerpo. Ya entonces debe de haber sido la mujer silenciosa y solitaria que conocí varios años después, con sus tardes transcurriendo en alguno de los muchos recodos que ofrecía el médano. Por eso la puedo imaginar en alguno de los corredores de las casonas que permanecían abandonadas casi todo el año, que se iban corroyendo poco a poco y perdían parte de la techumbre en cada nueva ventisca. Conociéndola como después llegué a conocerla, estoy seguro que se sentaba en las sillas de madera y descascaraba con la uña la pintura levantada y que, hastiada, a ratos imaginaba la vida en lugares que inventaba en su cabeza. Creo que fue por eso que le nació la afición por las revistas. Absorta en la contemplación de las fotografías fijaba detalles, matices y gestos para ensamblarlos en mundos imaginarios a donde se fugaba en las largas y calurosas tardes cuando no tenía absolutamente nada más que hacer.

-III-

Tal vez yo mismo no sea más que un invento suyo, un ser imaginario ideado para matar el rato del que ella se olvidó y lo

dejó a la deriva. No entraré a especular sobre eso. Pero seguramente ya eran largas y tediosas las tardes de Abril a los quince años. Por eso, más tarde me pediría que le inventara cuentos, y fue ella la que me aficionó a las largas descripciones y a los enredos que después volqué en este oficio mío de escritor. Es a ella a quien debo el afán por mostrar los detalles, demorarme en farragosas descripciones y repetir hasta el cansancio palabras distintas que significan, al final, lo mismo. Era su insistencia la que me obligaba a forzar la imaginación al máximo, a decir brillantemente lo que su mundo opaco extrañaba. Azuzado por ella acudí a libros y diccionarios que enriquecieran mi pobre lenguaje de estudiante secundario. Repetía hasta el cansancio verbos, sustantivos y adjetivos que después colocaba, como en un rompecabezas, en narraciones armadas sólo para ella. Así logré vencer, a ratos, el tedio de Abril y fue por eso que ella se aficionó a mis periódicas visitas. Bajo el cielo estrellado que no opacaba ninguna luz terrestre, fui armando fábulas cada vez más atrevidas, más vívidas, que la hacían esperarme con ansias desde mucho tiempo antes que yo atravesara el río en la lancha del barquero. No debo hacer esfuerzos para verla de pie en la orilla, colocada en un lugar visible para que la viera, esperando a que yo terminara de llegar, desembarcara y saliera a buscarla. Siempre traía conmigo historias alumbradas con palabras brillantes que había ido encontrando durante toda la semana y que repetía mientras cruzaba de un lado al otro del estero. Así era Abril, como un cántaro seco que añora la humedad del agua. Yo fui el surtidor que encontró durante un tiempo.

Con mi equipaje de historias la visité durante varios años. Yo bajaba desde las alturas montañosas en donde vivía, a través de caminos estrechos bordeados de árboles gigantes en los que se enmarañaba la niebla después de las tres y media de la tarde. En mi vida diaria, Abril desaparecía de mi mente en medio del bullicio. Sólo

al volver por las tardes a la casa, cuando me había desprendido del humo y la tierra que flotaba desperdigada sobre la gran ciudad, volvía ella a mi mente e iniciaba el trabajo de localizar las palabras y las historias que después le llevaría de regalo. No tenía que ir muy lejos: mi padre había atesorado durante muchos años una vasta biblioteca que ocupaba varias paredes de mi casa. Ahí estaban los libros en los que yo mismo había aprendido a leer y los que me habían poblado la cabeza con cuentos de lugares que no había conocido nunca: los piratas y los corsarios de la lejana Malasia, los viajes submarinos de naves fantásticas o historias de amor victorioso o malhadado. La biblioteca era la cantera de la que extraía los materiales para construir el edificio de la imaginación que después volcaba frente a ella. Los libros habían sido alineados por tamaño para facilitar su colocación en los estantes que a duras penas resistían su peso. Años de lecturas repetidas había desgastado o descuadernado algunos. Pero la misma actividad de buscar las hojas perdidas entre otros libros, o de reparar las páginas desprendidas que aún estaban en su lugar de origen me permitía ir armando las historias que quería.

-IV-

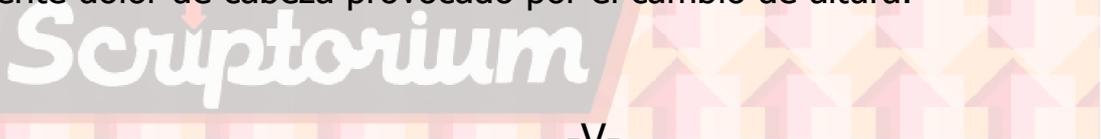
Debo decir que Abril encontró en mí al compañero perfecto. Ella estaba anhelante de alas para su imaginación que se marchitaba, yo tenía un intuitivo e incipiente afán bibliotecario. Creo que fue por eso que pudimos entendernos, aunque después compartimos muchas otras cosas que iban más allá de las historias que yo bajaba cargando en autobuses destartados a través de los caminos que desembocaban, al final, en las vastas y calurosas planicies costeras. Alejándome cada vez más de la urbe en la que transcurría mi vida, me adentraba en valles y desfiladeros estrechos por donde, en alguna época no muy lejana, habían bajado las correntadas de lava de los volcanes que se

erguían imponentes sobre los que viajábamos apañuscados y sudorosos rumbo a la costa. Desde las últimas cumbres de la sierra veíamos extenderse ante nosotros un inmenso tapete verde y al fondo, casi imperceptible, atisbábamos la línea celeste que era el mar. Llegar hasta ella significaba atravesar un mundo vegetal poblado con hordas de monos gritones, parvadas de pericos, pájaros azules, mariposas tornasoladas y, en abril, de luciérnagas que yo recogía en un frasco de vidrio transparente cuando el autobús se detenía, al atardecer, para que los pasajeros estiráramos las piernas. Ya adentrados en la noche, íbamos avanzando entre el canto estridente de los grillos y los gritos de las aves nocturnas que se asustaban ante nuestro paso. Ir hacia Abril era sumergirse primero en un océano vegetal para salir, al otro lado, y encontrarse con un océano acuático.

En esos viajes interminables fui conociendo pescadores, dueños de comercios esparcidos a través de la ruta, peones de compañías bananeras, trabajadores de fincas ganaderas que en ese tiempo ya habían empezado a devastar buena parte del bosque tropical que nos rodeaba. Sudorosos y cansados, cubiertos de polvo de la cabeza a los pies, apenas teníamos fuerzas para conversar en medio del bamboleo constante, y la mayoría optaba por dormitar intentando acortar el viaje. Pero fueron tantas las veces en que repetí esa bajada hacia la costa que, con el tiempo, fui encontrando gente que se animaba a conversar un rato, aunque fuera sólo para matar un poco el tedio que nos cubría a todos.

Abajo estaban los ríos anchos y lentos, próximos a los grandes estuarios infestados de lagartos cubiertos de nenúfares en donde se escondían las ranas y los sapos nocturnos, la visión de las cordilleras lejanas de las que proveníamos, el olor de la pudrición después de las inundaciones de octubre.

Abril ignoró siempre el recorrido que hacía para llegar a ella. Nunca preguntó por el lugar de donde venía ni se interesó por las peripecias del viaje. Yo existía para ella desde el momento en que me miraba atravesando el estero tocando el agua tibia con las manos, viendo el sol anaranjado a través de las palmeras alineadas en la playa con el viento golpeándome la cara. Y luego abriendo las puertas y las ventanas de la casa para que entrara el viento y refrescara, salieran volando asustados los murciélagos y se disipara el tufo a encierro que lo impregnaba todo. A través de las ventanas abiertas me veía, desde la distancia, desempacando, quitándome la ropa empolvada que se me pegaba al cuerpo, tomando agua en los vasos manchados por el salitre. La recuerdo acercándose a ciertos árboles añosos en los que destruía los caminos de tierra de las hormigas mientras seguía mis movimientos con el rabillo del ojo. Yo llegaba cansado, adolorido, deshidratado, aturdido por un vago pero persistente dolor de cabeza provocado por el cambio de altura.



Scriptorium

-v-

Con Abril llegaban los niños. Rondaban la casa con juegos silenciosos de los que sólo se escuchaban las risas sofocadas. Disimulados entre los árboles se escabullían persiguiéndose, lanzándose piedras mientras masticaban las frutas amargas de los almendros. En octubre, cuando la lluvia no cesaba, los veía cortar las raíces de los mangles que brotaban de la tierra invadiendo el espacio ganado a la arboleda. Todos eran pequeños y enjutos, con el pelo tostado por el sol y se movían juntos de un lado para otro diciéndose cosa que nunca alcancé a escuchar. ¿Hablaban de mí? Quién sabe. Sus diálogos eran un murmullo interminable. A veces advertía variaciones en el tono, susurros que parecían admoniciones o regaños, risas, apremios o disputas.

Vivían en un mundo aislado del que sólo salían de tarde en tarde cuando acompañaban a los padres a comprar el bastimento en el pueblo del otro lado del estero. Con ellos recorrían las cantinas después de las compras y, pegados a la falda de la madre los más pequeños y arrimados a una esquina los mayores, los veían beber hasta caer. Los vi arrastrándolos por las calles de tierra hasta subirlos a la barca de madera para llevarlos de regreso a casa, haciendo esfuerzos para que no cayeran al agua. Todo lo hacían silenciosa y enérgicamente, moviéndose ligeros sobre sus piernas combas, con sus mejores vestidos manchados por el vómito. Eran un enjambre asustado y presuroso que se alejaba surcando las aguas cristalinas de la marea alta llevando consigo las bolsas cargadas con tubérculos y granos. En los bolsillos llevaban caramelos de envolturas rojas y brillantes y rellenos pastosos. Al otro lado los esperaba Abril, con los pies hundidos en la arena cenagosa y el agua hasta los tobillos. Ella sabía la hora del retorno, conocía la capacidad para beber de los mayores y se apostaba puntual a esperar la vuelta. Entre todos los descargaban y los llevaban a rastras a las camas. Nunca comentaron nada ni se quejaron.

Yo los veía desde lejos, cobijado por la sombra de los árboles. No sabía si ellos me miraban observando o simplemente no les importaba que los viera. Iban y venían ignorándome por completo, sin saludarme ni volver a ver hacia donde yo estaba, mientras el sol se ocultaba tras las dunas que daban a la playa y las sombras de las casonas se alargaban. Abril era el punto de equilibrio de ese cuadro en el que cada uno sabía lo que tenía que hacer. Ella, la más alta de todos, sobresalía entre el enjambre con su vestido oscuro y descolorido, el pelo cobrizo y reseco y los gestos cansados. Quién sabe cuántas veces tuvo que hacer lo mismo: recibir a los padres, arrastrarlos sobre la arena húmeda, acostarlos en los camastros percutidos sobre los que se amontonaba la ropa y luego sentarse de espaldas a ellos sobre la arena tibia a ver el ocaso, en el momento justo cuando

el viento cambiaba de rumbo y empezaba a soplar de la tierra hacia el mar. En ese momento sobrevenía la calma; sobre la arena de la orilla del río quedaban las huellas de los talones de los padres; en la barca, restos de envoltorios y papeles enlodados. Todos desaparecían y cada cual buscaba en dónde acomodarse, tal vez cansados o tristes después de los ajetreos del día.

A través de los años los vi crecer. Cuando llegué por primera vez un día caluroso de marzo el más pequeño apenas caminaba. Estaba sentado arrimado a los pilotes que sostenían la casa, siguiendo con la mirada todo lo que yo hacía. Los demás eran serviciales, tenían una sonrisa eterna como una mueca y estaban atentos a mis menores deseos. En esos tiempos no vi nunca a Abril. Ella apareció después, tal vez unos meses o años más tarde. Para entonces, yo había explorado los alrededores y tenía lugares en los que pasaba horas echado sobre la arena. Fue en uno de ellos donde la vi por primera vez. Estaba de pie a la orilla del socavón formado bajo la casa del vecino más cercano. Veía hacia el mar y parecía no darse cuenta que yo me acercaba. Más tarde sospeché que ella sabía ya de mi preferencia por ese lugar que visitaba temprano por las tardes, y que seguramente me esperaba para provocar el encuentro. Nunca lo supe realmente, pero lo cierto es que estaba ahí, mostrando su perfil que ahora no puedo precisar exactamente.

-VI-

Era mayor que yo. No mucho, quizás tres o cuatro años, y ya era una mujer con criterio mientras yo apenas era un adolescente de gaznate pronunciado. Eso se veía a simple vista y lo noté inmediatamente al verla de pie al borde del médano. Su actitud era de espera pero también de estar ahí por siempre, es decir, de ser uno más de los objetos del paisaje de la playa. Y realmente lo era: el más hermoso, el más grácil, el más sereno de todos. A pesar de su pobreza,

su ropa era distinta, los colores, el largo de la falda, la forma del cuello de la blusa. Flotaba con el viento como una bandera oscura sobre la arena gris, plegándose a su cuerpo. A veces, cuando los grandes chubascos de agosto y septiembre, se agitaba como una señal de alerta enloquecida. Era algo que podía verse desde lejos. Ahí estaba, entonces, erguida como una aparecida que no venía de ninguna parte y de la que no había escuchado nunca. Abril se dejó ver cuando quiso. Entonces salió y se mostró plantándose en el sitio por donde yo pasaba siempre y dijo aquí estoy poniéndoseme al frente.

Así fue siempre, autónoma, independiente, solitaria. Nadie le dictó nada ni le indicó caminos o rutas por dónde desplazarse. Hizo siempre lo que quiso, lo que estaba a su entender mejor para su vida, sin consultar ni indicar que iría en una dirección u otra, sin importarle hacia donde iba la mayoría de la gente, decidiendo lo que pensaba que era lo que más le convenía, sin comentarlo con nadie, en silencio. Así se cruzó en mi camino, seguramente porque me vio rondar los lugares que a ella le eran familiares, en donde había estado desde niña y conocía como la palma de su mano. Quizá entonces me concibió como una salida para sus tardes largas y aburridas, como alguien con quien podía pasar el tiempo. Creo eso aunque no puedo afirmarlo, así como no puedo afirmar con certeza casi ninguna de las cosas de esa mujer que encontré por primera vez de pie bajo la sombra de una casa.

Abril es un enigma aunque no lo fuera entonces. En aquellos tiempos la veía como una parte de la playa extensa de la que vengo hablando en estas líneas. Pensaba en el mar y ahí estaba ella. Tenía imágenes, sonidos y deseos en los que siempre aparecía. Después fue un enigma, casi un sueño. Es así como la recuerdo aquella tarde cuando la vi por vez primera, como un sueño desvaído y luminoso que no puede precisarse en sus detalles pero que deja huellas imborrables y profundas. No sé por qué no la vi antes. Hoy parece inexplicable que no supiera nada de alguien que estaba tan al alcance de

la mano. Era como si existiera un pacto de silencio alrededor de ella que todos respetaban. Como un secreto o como un tesoro que no se quería compartir con nadie. Y ella en el centro, una reina harapienta e ignorada en el ombligo de su pequeño universo, alguien cumpliendo un pacto en medio del enjambre.

Abeja reina que trabaja para todos y que todos alimentan.

Yo era un intruso que aparecía sospechoso en la frontera, alguien a quien debía observarse con cuidado para desentrañar sus intenciones verdaderas. Formé parte de una urdimbre que pocos entendían y de la que yo estaba excluido, sin participar del círculo de los que vigilaban atentos que nadie se acercara. Estuve afuera de la ciudad prohibida hasta que ella salió y quiso acercarse a mí que la ignoraba. Entonces se reveló y existió completa en esa esquina perdida del mundo en donde era soberana. Yo ignoraba todo. Mis movimientos rozaban sin saberlo el lugar sagrado, el sitio del escondite, el ámbito vedado. Seguramente entonces se alborotaban suponiendo que podía descubrir lo que tan celosamente guardaban. Pero yo he sido poco perspicaz para esas cosas, he pasado la vida ignorando eventos importantes que sucedían a mi lado. Así que pasé cerca del lugar y no pude leer las señales que indicaban que ella estaba en ese sitio, un lugar pobre y sucio con restos de pescado esparcidos por la arena. Ese era el centro de su reino, el ámbito en donde ella estaba casi siempre, una casa sin ventanas, construida con endebles materiales a través de los cuales pasaba el viento por las noches. Un lugar oscuro y humoso con camastros esparcidos sin concierto en donde reposaban los que cuidaban el secreto y usufructuaban de ella, abeja reina. A través de las rendijas miraba el mundo. Apenas un pequeño trozo: un poco de mar, unas palmeras y una larga extensión de playa que se perdía en lontananza. Y en el fondo, lejos, un muelle perdido entre la bruma. Lo que veía eran sus dominios, el espacio que ella conocía, en el que sabía que transcurriría el resto de su vida, en donde debería realizar los sueños y esperanzas que albergara. Un

espacio estrecho y deshabitado casi siempre, con grandes casonas solitarias orientadas hacia el mar enfrentando la brisa salobre del océano.

Desde ese lugar oscuro vigilaba su reino y por eso creo que ella debió verme mucho antes que yo la viera a ella, que me estuvo observando largo tiempo a través de las rendijas luminosas de su casa y sabía exactamente lo que hacía, hacia donde me movía y con quién estaba. Debe haberme visto solitario, así como era yo en esos tiempos ya lejanos, moviéndome entre las casonas cerradas, casi siempre abandonadas, refugiándome en su sombra proyectada sobre la arena fina de la playa. Quién sabe cuántas veces caminé siendo escrutado y estudiado por sus ojos. Debe haber llegado a conocer mis movimientos y mis pausas, mi gusto por pararme ante la brisa para recibir de frente sus embates. Cuando decidió por fin salir para enfrentarme ya era para ella un personaje conocido, alguien de quien sabía cómo se movía y de quien no le eran extrañas las costumbres. Así imagino que sucedió todo antes de aquella tarde en que la vi de pie al borde del socavón que se formaba bajo la casa del vecino.

Todo esto debe haber durado mucho, meses o tal vez años. No recuerdo con precisión los pormenores ni los detalles del tiempo en que estuve llegando a esa playa sin que supiera nada de la existencia de Abril y su vigilia. Ahí las cosas sucedían lentamente, atenuadas a ritmos que a los que llegábamos de la ciudad lejana nos era difícil comprender del todo. Además, ella hacía lo posible por prolongar aquello que la sacaba del lento transcurrir del día. Fui el juego que ella jugaba sin que yo supiera nada. Lo hacía para entretenerse, para tratar de evitar que el hastío la ganara y la postrara. Debe de haber imaginado cosas sobre mí que nunca me contó porque era extremadamente reservada.

-VII-

Lo que yo hacía era propicio para que ella fabulara y dejara volar sus pensamientos: llegué de improviso, sin que nadie del lugar me conociera, a la casa que miraba hacia el estero mientras las demás veían todas hacia el mar que con su brisa las batía siempre en solitario. Nadie las ocupaba más que dos o tres veces al año, cuando llegaban sus dueños en tropel a beber y reír sin siquiera ver hacia el mar que se mostraba abierto ante sus ojos, para luego partir precipitadamente de vuelta a sus actividades ciudadinas sin dejar más que un rastro de basura. Nadie volvía a saber nada de ellos hasta que, de improviso, aparecían nuevamente cargados con botellas de cerveza, latas con pescados que habrían conseguido frescos ahí mismo y mujeres con las que fornicaban todo el tiempo. Sus casas se convertían en una isla de luz por unas cuantas noches. Como grandes naves encalladas en la arena se iluminaban sin dejar un resquicio oscuro y nosotros, los que las veíamos en tinieblas todo el año, descubríamos en ellas rincones, esquinas y detalles. Borrachos y agotados, no sé si hartos de comer o de estar con las mujeres que llevaban, quedaban tirados en la arena, bajo los anchos corredores, con sus grandes panzas coronadas con ombligos protuberantes al aire. De día surcaban las aguas del río velozmente en botes de aluminio refulgentes, levantando olas y salpicándonos a todos los que veíamos sus desmanes sentados en la orilla, azorados y aturridos ante la vitalidad del desenfreno. Recuerdo con claridad sus carcajadas mezcladas con el rugir de los motores, sus ojos brillantes de entusiasmo y el tufo de su aliento de borrachos. Por la tarde, cuando atemperaba el calor del sol y las sombras se alargaban, se dividían y enfrentaban por horas, sudorosos y acezantes, correteando tras balones pateados sin concierto de un lado para otro.

Llegaban para el desfogue. Para ellos la playa y el océano eran el lugar en donde daban rienda suelta a sus instintos, en donde hacían lo que les estaba vedado en otra parte. Parecía que cualquier

tiempo les era insuficiente, que debían aprovechar todo momento hasta el cansancio, agotarse, exprimirse y retirarse al final de los dos o tres días que en total estaban. Eran un huracán, es decir, un viento fuerte que provocaba esconderse para estar a salvo y que además, a veces, causaba serios daños en donde soplaba con más furia. Al irse quedaban nuevamente vacías y solitarias las casonas, con grandes trancas atravesadas en los portones, aseguradas con candados oxidados que rechinaban cuando el viento zarandeaba las puertas y ventanas que guardaban. Poco a poco el silencio retornaba mientras ellos se perdían, montados en sus lanchas, en el horizonte más lejano del estero. Al viento se veían flotar los pañuelos de las acompañantes, las toallas de colores extendidas cual pendones victoriosos, mientras una estela de espuma se desparramaba detrás de sus corceles de aluminio. De pronto doblaban en el corredor de manglares que los alejaba definitivamente de nosotros y entonces sobrevinía el silencio e iban renaciendo los susurros opacados por la hecatombe que se alejaba gritando por el río.

Siempre los vi de lejos, como un espectador dispuesto a presenciar un espectáculo y ellos no me tomaron nunca en cuenta. Imagino que me veían como un ser encogido y desprovisto de energía, un pusilánime a quien no se debía prestar atención ninguna. Distanciados, nuestros mundos nunca se tocaban aunque convivían a ratos en ese espacio abierto al viento que es la playa. Cuando alguna vez los vi en la ciudad de donde proveníamos lucían alicaídos, desplumados, grises y anodinos sin sus aparatos deslumbrantes y su corte de mujeres carcajeantes. Eran seres sudorosos que miraban con ojos asustados, sin asomo del estilo petulante con el que los conocía la gente que vivía en los confines de la costa. Ellos, aunque me vieron, no pudieron reconocer en mí al aburrido que los miraba desde lejos cuando armaban el jolgorio. Fue así como los pude observar tranquilamente, como un aficionado a las aves migratorias o a los insectos pululantes del trópico húmedo. La extrema timidez que padec-

ía yo en ese entonces no me permitía atreverme a mucho, pero aún así los seguí por las calles atestadas. Podía distinguir su cogote colorado desplazándose apurado entre los vendedores ambulantes que gritaban. Se movían torpemente, tropezando y zigzagueando entre el barullo. Nada que ver con su salida triunfal en sus barcas refulgentes.

Nunca mencioné nada de esto. Ellos siguieron llegando a sus casonas año tras año y jamás dije que los había visto en otras circunstancias. No era un secreto. Era simplemente que nadie estaba interesado en lo que hacían una vez que doblaban y se iban. Mientras estaban ahí eran atendidos como reyezuelos victoriosos. Con voz tronante exteriorizaban sus deseos y hacían saber lo que querían. Pero una vez que se perdían no se volvía a mencionar sus nombres y la vida transcurría como si ellos no existieran. Eran un vendaval recurrente y pasajero que había que resistir y dejar que siguiera su camino.



Scriptorium

-VIII-

No es de extrañar que Abril reparara en alguien que caminaba solitario por las dunas o se echaba displicente a ver pasar el agua del estero. No había visto a alguien que se comportara de esa forma. Seguramente por eso observó y repasó incansablemente mis idas y venidas, intentando comprender las intenciones que tenía. Estaba desconfiada o, tal vez, no lograba comprender del todo qué pasaba. Recelosa y prevenida se escondía tras las tablas mal dispuestas de su casa y escrutaba. Además confabulaba con los niños. Ellos, que estaban más cerca de mí todos los días, que me veían en donde ella no veía, deben de haberle contado cosas nuevas. Seguramente así fue armando mi figura, a través de un entramado en el que sólo podía ver algunas partes. Un rompecabezas, un juego, una forma de pasar el tiempo. Una estrategia para saber lo que estaba sucediendo.

Después del primer encuentro nos vimos muchas veces, pero especialmente por las noches. Luego del atardecer salían a jugar los niños. Iban y venían corriendo entre las sombras lanzando gritos de entusiasmo bajo el cielo tachonado por la luz de las estrellas. A esa hora ya soplaban el viento desde el mar hacia la playa y un olor a salitre iba creciendo poco a poco. En el fondo se escuchaba el rumor de la batiente y de la espuma deslizándose en la arena. A Abril había que buscarla en la oscuridad, en los rincones de los grandes corredores o en los guindos de las casas. Uno sabía que ahí estaba, que en algún lugar miraba, sin moverse, lo que los demás hacíamos. Poco a poco fui comprendiendo sus deseos. No salía de improviso, abiertamente: estaba con nosotros pero siempre en una esquina en la que nadie la veía, esperando a que alguien la buscara para luego descubrirla. No se escondía pero tampoco se mostraba. A veces, hacia el final de la noche de juegos, cuando los ojos podían ver sin problemas en las sombras, caíamos en cuenta que había estado a nuestro lado todo el tiempo. Había pasado inadvertida como un pilar o como un cuerpo inanimado observándonos correr de un lado para otro. Hubo ocasiones en que registré por todas partes pero no aparecía. Desesperado y cansado de buscarla preguntaba dónde estaba pero nadie respondía. Había que encontrarla, que esforzarse por verla. Hallarla era un trofeo, un triunfo, una prueba de constancia y voluntad de estar con ella. Era también un juego silencioso y largo que le gustaba prolongar por horas. Seguramente así gozaba a su manera, sin hablar y sin moverse observándonos a todos. También sabía dejar rastros si quería que alguien la encontrara. Yo aprendí a distinguir olores, por ejemplo, no siempre iguales, no siempre femeninos pero distintos a los del lugar en donde estábamos. Puede ser que muchas veces no supiera distinguir que eran de ella y pasara sin siquiera darme cuenta. Pero en otras su presencia se imponía de inmediato. A veces las señales eran otras: emitir pequeños ruidos o moverse casi imperceptiblemente. Había que saber leer muy sutilmente, estar acostumbrado a su lenguaje y conocer el territorio. Algún despreve-

nido que llegara de improviso jamás percibiría nada pues todo era sigiloso y suponía el interés de alguien, un compañero de partida, un cómplice encargado de seguir las huellas que apenas se miraban. Sólo sabiendo las reglas de antemano se podían ir dando los pasos necesarios. El premio era Abril sentada en algún sitio, con las piernas encogidas y los brazos rodeando las rodillas. Sólo nosotros dos participábamos del juego, nadie más estaba interesado en detectar los rastros de esa mujer esquiva. Sólo a mí obsequiaba su equivocidad ambigua, la aproximación que acrecentaba lentamente la intensidad del deseo de estar cerca. Abril me marcó en ese sentido. Yo, que estaba apenas modelando la forma de acercarme a las mujeres, aprendí con ella el sabor de irme arrimando poco a poco. De ahí en adelante repetí siempre los pasos que ella supo enseñarme con paciencia. Lo que no era sutil y lento, lleno de pequeñas señales silenciosas, me parecía después burdo y aburrido. A partir de Abril repetí siempre el juego de las pistas ambiguas y secretas, del ritual cargado de detalles que había que cumplir para acceder al objeto del deseo. Tal vez a eso se deba mi fracaso, mi constante frustración por no encontrar frecuentemente a quien entienda de los pasos necesarios: de forma repetida me he embarcado en caminos tortuosos y enredados, oscuros, sin salida. No he logrado enderezar el rumbo, aclarar equívocos, explicar la forma como veo yo las cosas y así he naufragado muchas veces dejando abandonados los esfuerzos empeñados. Monumentos inconclusos. Naves encalladas en medio del desierto.

-IX-

El alma de abril tenía ornamentos y arabescos en la entrada y una puerta disimulada a un costado. Adentro había ecos que repetían nuestros pasos, balaustradas labradas, vitrales que filtraban la luz dándole tonos. Era como un gran edificio iluminado, sin nadie que viera la luminosidad del sol cayendo en la escalera. Nadie sabía si el

palacio había sido abandonado o si jamás lo habían ocupado. Era una incógnita, un secreto, un sitio oculto en la floresta. Desde sus altos ventanales podía verse el bosque y el río lamiendo suavemente sus raíces. El olor del mar lo penetraba todo, lo inundaba, aún los rincones más lejanos, los más íntimos y tiernos. Era un olor primario, vital y pertinaz presente a toda hora. Creo que nunca busqué habitar tal casa, ni siquiera quedarme como huésped por un tiempo. Yo entraba y salía conociendo los accesos que ningún otro había recorrido. A veces me anunciaba repiqueteando aldabonazos en el vestíbulo desierto o tocando la campana que pendía al lado de la puerta. Otras veces llegaba de improviso y entraba sabiéndome aceptado. Me sentía a gusto y en confianza, sin las inhibiciones con las que trastabillaba en otras partes. Pero siempre había que pagar algún peaje, un impuesto, cumplir un requisito. Sin ellos no se podía entrar por más que se quisiera.



Recuerdo haber llevado conmigo al mar a gente conocida, amigos o parientes como tíos o alguno de los muchos primos que tenía. Había que enseñarles todo, extranjeros como eran en la playa: a caminar sobre la arena ardiente al medio día, en dónde y cómo colocar los pies al entrar a nadar en el estero, cómo buscar la carnada que atrajera a los peces que se quería tener de cena por la noche. Uno debía hacer de guía con personas que se movían torpemente, que eran atacadas por hordas de mosquitos y cuya piel enrojecía apenas surgía el sol por la mañana. Daban lástima. Llegaban a sufrir y a sudar la gota gorda en un ambiente que les era hostil desde el arribo. Sabiéndose ajenos y bisoños, iban bien preparados intentando paliar un poco lo que tanto los dañaba. Llevaban sombreros de ala ancha, ungüentos, cremas, aceites para untarse a toda hora, lociones repelentes, pócimas humectantes, ropa estrafalaria que saca-

ban de bolsos inmensos comprados a propósito. Y aún así fracasaban. No sé realmente por qué decidían visitar un lugar en donde eran acosados día y noche, de donde regresaban agotados y les dañaba cosas importantes para ellos. Al partir para la costa iban siempre felices y entusiastas, como si se fueran a un lugar amable. Antes del viaje preparaban todo con esmero, desplegaban el cargamento en algún sitio y hacían un recuento escrupuloso de las cosas que llevaban. Consultaban a técnicos expertos sobre el estado del tiempo, la dirección de los vientos, la condición de las mareas. Me preguntaban sobre la suavidad de los colchones en los que descansarían sus cuerpos exhaustos tras el viaje. Inquirían sobre la calidad del agua y si habría hielo dispuesto para los refrescos. A todo había que responder parsimoniosa y detalladamente. Ya puestos en camino se les hacía interminable el viaje, resoplaban sudorosos y les dolía la cintura, no soportaban los olores y sentían náuseas. Sufrían de vértigo cuando pasábamos bordeando los desfiladeros cortados verticalmente en la montaña. Al detenernos para estirar las piernas buscaban auxilio en los comercios. Temerosos por su salud compraban refrescos burbujeantes en botellas cristalinas: aguas anaranjadas, amarillas o violeta que empinaban desafortadamente como si fueran las últimas en años. Llegaban agotados al lugar en donde nos esperaban las barcas para cruzar el río. Había que ayudarlos a embarcar los bolsos, las sombrillas, los canastos, los balones y las enormes cañas de pescar que jamás habían usado. Más un cargamento de latas, sobres y bolsas amontonadas en cajas de cartón endeble. Ya instalados se sentían más a gusto. Comentaban sobre la calidez del aire, las bondades del salitre y la necesidad de beber agua de coco para limpiar el organismo de bacterias. Tenían un plan establecido de lo que era bueno consumir para paliar los desarreglos corporales que sufrían. El mar era entendido como un estimulante tónico del cuerpo, un medicamento gratis, un lugar saludable que podía prolongar la vida si se usaba con cuidado. Se enterraban en la arena ferrosa de la playa, no se quitaban los residuos del agua salitrosa en todo el día, hacían lar-

gas y extenuantes caminatas. Para halagarlos sacábamos del río ingentes cantidades de mariscos: camarones, cangrejos, jaibas, mejillones. En ese tiempo se encontraba todo al alcance de la mano, no había que adentrarse mucho ni perder el tiempo en la tarea. Con grandes atarrayas capturábamos los peces que después les ofrecíamos. Lo devoraban todo. Para ellos se trataba de un banquete, de una comida excepcional que degustaban chasqueando el paladar y gusto enorme.

Abril aparecía y nunca se acercaba. Yo la veía desde lejos pasear bajo las palmeras, detenerse y recoger algo, hacer dibujos con el pie sobre la arena. Ella estaba y no estaba. Sabía que yo le había visto y que los demás a duras penas distinguían su figura en la distancia. Cuando mi acompañante la miraba, inmediatamente quería que le fuera presentada. ¡Una mujer solitaria en una playa! Era bastante más de lo que había esperado encontrar en ese lugar tan apartado. Sus ojos brillaban y olvidaba las llagas que el sol le había provocado. Trataba de esconder la barriga que tenía e inflamaba el pecho como los pavo reales macho. Se excitaba y quería iniciar cuanto antes el cortejo de la presa. Ninguno lo logró nunca ni lo habría logrado jamás de esa forma. Ya he mencionado los sinuosos caminos que era necesario recorrer para llegar a ella. Acercársele de otra forma era una afrenta o, cuando menos, evidencia que se era de otra parte. La conversación de la noche, en esos casos, siempre giraba en torno a ella. Yo representaba el papel de quien no sabe nada, de ingenuo, una parte del libreto, por cierto, que siempre he asumido con destreza. Llovían sobre mí las preguntas más diversas, las suposiciones, los devaneos en torno a quién era esa mujer que se mostraba y se alejaba. Yo aprovechaba para avivar la imaginación de quien hablaba. Con el tiempo, Abril y yo usamos esas largas digresiones para armar nuestras historias. En nuestras mentes ella se transformó en una leyenda, en una historia que contaba la gente que vivía en esa playa. La curiosidad de nuestros visitantes echaba leña

al fuego de nuestra imaginación enfebrecida. Cómplices, urdimos estrategias para llevar más gente y excitarles las ideas y las explicaciones en torno a quién sería esa mujer lejana. Ella salía y se mostraba en diversos momentos y lugares y luego desaparecía. Lo hacía a cualquier hora del día o de la noche, aunque siempre de acuerdo conmigo quien preparaba a la presa que habíamos escogido. Siempre se sorprendían. Hubo quienes cayeron en el juego varias veces. Me rogaban que los llevara de nuevo a ese lugar en donde se veía aparecer a esa mujer hermosa. Yo me hacía de rogar y disminuía la importancia de lo que habían visto. Les decía que la habían imaginado, que no era cierto que existiese, que ellos habían proyectado sus deseos sobre cualquier objeto inanimado. Pero ellos insistían reiteradamente e intentaban convencerme de sus proyectos de alcanzarla. Algunos planearon estrategias para cercarla y evitar que huyera: yo me iría por la izquierda mientras ellos cortarían el paso por el Norte. Ellos se acercarían subrepticamente al tiempo que yo debería esconderme para cortar su retirada. Pero nunca podían aprenderla. Para unos pocos se convirtió en obsesión y a toda costa querían retornar para ver si podían alcanzarla. A esos no los volví a llevar conmigo. Lo nuestro era sólo un juego. Uno más de los que fuimos inventando para que Abril no muriera de tedio por las tardes. A los pobres obsesivos los fuimos marginando. Para convencerlos de que todo era producto de su mente, a alguno lo lleve y lo paseé por los lugares en donde aseguraba que la había visto. Abril, por supuesto, no salía. Decepcionados buscaban y rebuscaban asegurando que era ahí en donde la habían visto, y yo los ayudaba mientras iba enredando la madeja de los desencuentros.

-XI-

Todo esto nos fue acercando imperceptiblemente. Abril y yo hacíamos un dúo que compartía cada vez más cosas. No planeába-

mos ni conversábamos previamente, eran descubrimientos o rutinas que se iban afianzando sin que apenas se notara. No había necesidad que ninguno propusiera nada para que de pronto estuviéramos envueltos en un entramado de reglas que ninguno había formulado. A veces el tinglado surgía de improviso, como una corazonada o un impulso. Otras veces notábamos que algo habíamos construido a través de los días o los meses. Pero nunca hablábamos de ello. Eran comportamientos aceptados que implicaban una férrea disciplina. Primero, debían ser recordados siempre. Segundo, no se podían dejar de celebrar en el momento para el que habían sido creados. Tercero, jamás se dejaría al otro hasta que el juego no hubiese terminado. Y cuarto, nadie debía enterarse de lo que estábamos haciendo, aunque estuviera al frente nuestro y nos creyera atentos a otra cosa. Como se ve, eran reglas muy simples que, por demás, jamás ninguno estableció en ninguna tabla. Y hoy puedo decir a ciencia cierta que no las violentamos nunca. De haberlo hecho, se habría terminado todo de inmediato. Habría sido una traición, un desentendimiento, algo así como decirle al otro que se había perdido el interés en continuar las cosas. Por el contrario, las pautas eran cada vez más sofisticadas, más intangibles, más imperceptibles para el ojo que las viera desde afuera.

Inmediatamente incluimos a la gente que yo llevaba de visita. Ellos tenían su lugar en nuestro juego aunque ni siquiera sospecharan lo que estaba sucediendo. Abril participaba como un tercero ausente, es decir, sin que la vieran. Pero ella estaba, era parte principal, pieza fundamental y motora de lo que estaba sucediendo. Los otros, los que llegaban conmigo desprevenidamente, creían estar actuando sin ninguna compulsión de nadie. El simple hecho de ocultarse, que no la vieran aunque estuviera casi rozándolos a ellos, producía en Abril un enorme regocijo, una alegría que yo sentía aunque no la estuviera viendo. Me alegraba con ella porque mi placer era sentir que era feliz con lo que hacíamos. Casi puedo asegurar que

ese era el objetivo por el que me embarcaba en todas esas pequeñas aventuras. Por eso llevaba y traía a esas personas más comúnmente de lo que por mí hubiese querido. Con ellos Abril se divertía como una niña. Los otros juegos, los furtivos, los que llevábamos a cabo solos, producían una forma de placer menos festiva, más tensa y, tal vez, profunda. Ahí prevalecía el ritual, la ceremonia y los gestos. La postura y los ritmos eran importantes y cada cual asumía su papel como en un ceremonial secreto. Pero siempre el placer y el juego eran el norte de lo que estábamos haciendo.

-XII-

Igual sucedía con las largas caminatas nocturnas que hacíamos cuando no llovía y el cielo estaba despejado. Eran expediciones en las que participaban los niños y, a veces, alguno de nuestros invitados. En ellas todos éramos felices. Salíamos de nuestro territorio y, compactos, nos sentíamos respaldados entre todos. Éramos una expedición hacia un espacio extraño, un desprendimiento que salía a visitar tierras ajenas y que debía establecer sus reglas para que todo marchara positivamente.

Las condiciones para que la marcha pudiera realizarse no eran muchas: el cielo debía estar prístinamente despejado para evitar que los chubascos nos pudieran alcanzar en el trayecto; la marea baja debía estar en su apogeo, para que pudiéramos caminar sobre la arena firme que dejaba el mar al retirarse; debía participar el mayor número posible de personas para que el jolgorio fuera mayúsculo en la ruta y, por último, teníamos que caminar de noche.

Hacia el atardecer, el grupo de caminantes se sentaba a la orilla del mar viendo el ocaso que sucedía a la derecha. Estábamos contentos porque se iba a realizar lo que habíamos esperado durante todo el día. Sin embargo no había preparación alguna, nadie llevaba

implementos especiales y todos sabían de antemano la dirección en la que marcharíamos. No había, pues, sorpresa en cuanto a cuál ruta tomaríamos. Lo único no establecido era la duración y el ritmo de la marcha. El objetivo era caminar en dirección al muelle que se veía lejano en el lugar en donde el sol se ponía por las tardes. Sabíamos la distancia inalcanzable a la que estaba pero era una especie de meta imaginaria, una ilusión que nos movía a caminar más animados.

Los niños relataban historias en las que el muelle era el centro de todo. Uno contaba, por ejemplo, que pescando tiburones en la playa con su padre había llegado caminando hasta el mítico lugar que perseguíamos. Todos lo escuchábamos y nadie se atrevía a corroborar la historia. Otro relataba la vez que se durmió en la barca. La marea lo había arrastrado hasta que el ruido del mar embravecido chocando contra las pilastras lo había despertado. Describía el tamaño inmenso del muelle y de los barcos que nosotros veíamos pasar iluminados desde lejos, el grosor de los cables con los que los amarraban a la orilla, el chirrido de las cadenas cuando se lanzaban las anclas a las profundidades. Habían quienes decían conocerlo porque habían ido al puerto para alguna diligencia o habían hecho escala en su camino hacia alguna otra parte. Eso era cierto. Los autobuses que partían del pueblo al otro lado del estero acostumbraban detenerse un rato para recoger más gente y los pasajeros aprovechaban para echarle una ojeada al muelle. Acostumbrados a vivir en la soledad del médano, el trajinar del puerto los aturdiría cuando se acercaban a fisgonear al enrejado de metal que obstruía el paso. Ahí se quedaban extasiados hasta que el conductor del autobús los reclamaba a gritos. Entonces partían con la imagen de las grandes grúas descargando bultos de los buques mercantes y del tren rechinando sobre los rieles oxidados. Y al volver a casa deslumbraban con historias que todos escuchaban embobados. Así que era posible que cualquiera de los niños alguna vez pasara con los padres y que, tomado de la mano, lo hubieran llevado hasta la reja que vedaba el paso.

En cuanto se ponía el sol partíamos. A lo lejos, el muelle iluminado apenas se distinguía entre la bruma. A nuestra derecha, el perfil de las casonas se recortaba contra el cielo oscuro: eran como grandes fantasmas acechando en medio de la noche. Nadie daba signos de vida por ninguna parte. El mar, retirado en la marea baja, se escuchaba retumbar al fondo. Caminábamos sin encontrar un alma, ni siquiera perros que salieran a ladrarle a la pequeña horda que avanzaba. Éramos sólo nosotros avanzando hacia nuestro utópico destino amparados por la noche que se abría inmensa sobre el grupo.

Después de tres horas de caminata sostenida llegábamos exhaustos a un lucerío al que nos aproximábamos despacio. Pequeños muelles se adentraban en el agua del océano, caminos pavimentados, casas de sólido concreto por todos lados. Muchachas y muchachos corrían sobre el césped y se refrescaban en piscinas azules bordeadas de palmeras. Nosotros nos deteníamos a ver su felicidad desbordante. Para ellos era natural ser observados con curiosidad en su espacio cercado y protegido. Yo trataba de evitar a toda costa que nos detuviéramos. Los potentes reflectores nos desnudaban a todos del encanto que se había construido en la oscuridad de la noche. De pie junto a la cerca, descalza y raída, Abril se transformaba en otra. Su vientre se abultaba, sus piernas se adelgazaban y su pelo parecía un estropajo adherido a la cabeza. Algo sucedía al arrimarnos a la frontera marcada para que no pasáramos. La luz que nos bañaba nos mostraba sudorosos y cansados. Hasta la lejana luz del muelle se perdía entre las otras y, por un momento, olvidábamos que era el lugar al que queríamos llegar como destino. También nosotros parecíamos desvaídos y opacos ante el resplandor y la brillantez de lo que estábamos mirando. Nuestras ropas estaban desteñidas, nuestra piel reseca y los pies de los niños agrietados por caminar siempre descalzos. Feos y pobres, tenían razón de dejarnos afuera del lugar en donde todos eran hermosos y felices.

Nunca parecieron darse cuenta de que habíamos llegado, que nuestro pequeño batallón estaba en la frontera vigilando lo que hacían y menos aún nos invitaron o se acercaron a charlar con alguno de nosotros. Secretamente, en lo profundo de nuestros corazones, soñábamos con que alguna vez vendrían y podríamos entrar al jardín de las delicias, nadar en las piscinas de aguas transparentes, sentarnos en las sillas acolchadas y beber los refrescos helados que repartían en bandejas brillantes. Yo anhelaba deslumbrar fulminantemente a alguna niña que me viera. Era un sueño que soñaba despierto antes de dormirme en las noches que seguían: ella me descubría de improviso y no podía vivir más sin mi presencia. Todos se oponían, los padres, los amigos, las amigas más cercanas. Pero ella batallaba contra todos por estar conmigo. El final de mis sueños era siempre doloroso. Yo por alguna razón siempre moría, o me iba, o desaparecía y ella sufría indeciblemente mi partida. Su llanto por mí, su sufrimiento por mi causa era el placer más grande.

Permanecíamos un rato y después partíamos sin proferir palabra. Aturdidos, nos alejábamos en silencio de la luz que deslumbraba y del bullicio alegre de la fiesta que vivían del otro lado de la valla. Poco a poco el muelle volvía a ser una luz reconocible en la distancia e iba recobrando su estatura mientras nosotros volvíamos al ritmo habitual de nuestra marcha. Exhaustos, volvíamos a casa sin haber logrado llegar a nuestra meta. Pasaba siempre lo mismo pero nunca nos sentíamos frustrados. Todos sabíamos de sobra que se trataba de un lugar inalcanzable por la playa, que la distancia a la que estaba sobrepasaba nuestras fuerzas. Antes de acostarnos nos echábamos de espaldas para ver las estrellas que se apiñaban en el cielo. El viento era fresco a esa hora y teníamos que hundirnos en la arena para sentir la calidez guardada. Así pasábamos un rato hasta que empezaba a clarear imperceptiblemente. Antes que irrumpiera el sol estábamos durmiendo en nuestras camas.

-XIII-

Caminar por la playa para tratar de alcanzar el muelle era algo que hacíamos de vez en cuando. Más frecuentemente salíamos a pescar en barca: barcas largas y angostas talladas en un sólo árbol que partían el agua en dos partes iguales. Separadoras del espejo transparente. Cuchillo que cortaba el río. Nunca vi cómo ni quién las hacía. Algunas eran larguísimas y otras eran cortas, pequeñas, regordetas. Encaramados en la quilla, los niños las guiaban con picas esbeltas que se hundían en el fondo cenagoso del río. Elevaban la vara al aire y la ensartaban en el agua hasta que tocaba fondo. La vara salía chorreando, volvía a elevarse y se hundía de nuevo en el agua. La barca avanzaba silenciosa sobre el río y dejaba un rastro de hondas sin espuma que se iba diluyendo entre las raíces de los grandes manglares de la orilla. Con ellas se entraba en el estrecho laberinto en donde pululaban los cangrejos de patas coloradas y bocas burbujeantes, y se llegaba a las pozas de agua cristalina y quieta en donde los peces miraban con ojos fijos y redondos. Sobre la superficie del agua flotaban las hojas amarillas y en el fondo se pudrían en una alfombra cenagosa. En las ramas más altas los garrobos se asomaban al sol que calentaba sus cuerpos fríos y escamosos. Con los ojos cerrados de placer permanecían absolutamente quietos entibiándose la cresta y los dedos alargados. Pasábamos quietos y callados deslizándonos despacio sobre el agua en nuestras barcas alargadas. Nada parecía percatarse de que estábamos entrando al reino oscuro del bosque. Preparábamos anzuelos para la boca pequeña de los peces de las pozas, las mojarras, las lisas, los jaureles y los pequeños pargos de boca colorada, que se hundían atraídos por el peso de los plomos que habíamos atado a los cordeles. En cuclillas pasábamos las horas sin apenas proferir palabra. De vez en cuando alguien susurraba algo pero era más por señas que decíamos las cosas. Nuestra voz no se expandía más allá de los linderos estrechos de la barca y el bosque permanecía quieto y silencioso como si nun-

ca hubiéramos violado sus entrañas. Puede ser que por esas largas estancias me fuera aficionando a la quietud sin ruido. Hoy, cuando cada vez me cerca más la estridencia de la vida y es casi imposible encontrar un lugar hasta donde no llegue el ulular de las sirenas, añoro los rincones frescos y callados del río adentrándose en el bosque.

No recuerdo que Abril pescara nunca pero siempre estaba recostada en un extremo de la barca mascando alguna hoja o haciendo dibujos en el aire. No daba muestras de cansancio y apenas respondía con un gesto o un murmullo cuando alguien le decía algo. Estaba ensimismada viendo el techo verde oscuro del bosque por donde se filtraba el sol entre las hojas y pasaban caminando pequeños animales trepadores. Ella veía lo que los demás no podíamos mirar por estar ocupados en otros menesteres. A veces escudriñaba el agua transparente sobre la que flotaba la barca en la que estábamos y nos decía por lo bajo en donde estaban los peces escondidos. Ella detectaba las más leves señales que se hicieran en el intrincado fondo del río: una fila de burbujas, restos de hojas desplazados de improviso. Todos eran movimientos leves, casi imperceptibles que sólo su atenta observación podía detectar sin falta. Nosotros, sabedores de su perspicacia, obedecíamos las indicaciones que nos daba. Tirábamos los anzuelos repletos de carnada blanca en las esquinas que nos indicaba y casi siempre nuestro intento resultaba positivo. Los peces salían coleando desesperadamente, haciendo esfuerzos por no ahogarse en el espacio abierto hacia donde los traíamos nosotros arrastrando los cordeles. Se iban apiñando en el fondo del bote a donde iban a parar agonizantes. Sus brincos eran lo único que se escuchaba por un rato hasta que se apaciguaban y dejaban de moverse. Con las horas se iba construyendo una alfombra de escamas rojas y plateadas que perdía poco a poco brillantez y colorido.

A veces Abril me rozaba con la punta de un pie estirado disimuladamente. Yo permanecía sin moverme o me movía lentamente

para aumentar su presión sobre mi cuerpo. En cada avance me quedaba sin resuello esperando a que ella reparara en mi estrategia. Ella permanecía impávida tocándome desprevenidamente como si no pasara nada. Puede ser que fuera yo quien construyera en mi cabeza que esos contactos eran más que movimientos casuales sin objeto. Puede ser que estuviera ensimismada mirando alrededor sin que pusiera atención a los pequeños avances que yo hacía. Pero nadie puede asegurarlo. Con ella las cosas podían ser que fueran o no fueran, que sucedieran como espejismos, como ilusiones inventadas. Era como siempre un jugueteo clandestino que lindaba con la invención y el sueño. Quizá era mi imaginación enfebrecida la que inventaba todo y nada estaba sucediendo como yo creía. Lo único cierto es que ella me tocaba y yo hacía lo indecible para que continuara en eso. Poniendo atención al tirón de los peces sobre el cordel de seda y avanzando sobre el cuerpo yacente de Abril sobre la barca iba pasando poco a poco el tiempo de pesca en el río.

Aprovechábamos las horas más intensas para pasarla bajo el cobijo del follaje que lo cubría todo. Bajo el paraguas del bosque el calor se atemperaba. Por las entradas de los pequeños canales se atisbaba la resolana haciendo estragos sobre la superficie resplandeciente del agua del estero. Sólo las garzas blancas caminaban sobre el cieno en donde picoteaban sacando a los cangrejos de sus huecos en la arena. Más allá de la boca de los pequeños corredores vegetales el mundo era castigado por el sol que caía vertical sobre la Tierra. La superficie del mundo circundante se calentaba evaporando el agua que quedaba empozada en la marea baja. El nuestro era además un escondite que nos disimulaba ante cualquiera que pasara cerca. A escasos metros navegaban otras barcas empujadas por las mismas picas largas que nos impulsaban a nosotros, pero nadie daba muestras de vernos o escucharnos. Los niños gozaban haciéndose invisibles y asustando a los desprevenidos que pasaban cerca. Tiraban piedras o emitían sonidos guturales que alertaban a los sorpren-

dididos navegantes que seguían su camino volviendo desconfiados la cabeza hacia donde estábamos metidos.

-XIV-

Abril participaba más cuando la pesca era nocturna. Entonces se quedaba en la playa y armaba fuegos que orientaban en la noche. Durante horas los avivaba con la ramazón seca que se encontraba esparcida por la playa. Ella se veía de lejos alumbrada por el resplandor de la fogata. Acurrucada a ratos, echada sobre un costado en otros se tapaba con mantas desteñidas que la protegían contra el viento que soplaba después de media noche. Detrás de ella se recortaban oscuras las palmeras y, distantes, las casonas en hilera. La barca flotaba en el sitio justo en donde se unía el mar con el estero y debía echarse el ancla para no quedar a la deriva. Los peces que mordían el anzuelo en ese sitio eran grandes y obstinados. Peleaban tirando del cordel con fuerza tensándolo tan fuerte que a veces se rompía. Entonces quedaba el muñón de hilo entre las manos mientras el pez se alejaba enloquecido haciendo vibrar la cola. Hacia el amanecer, cuando una raya de color violeta anunciaba que el sol estaba por salir de nuevo, se arrimaba la barca hasta la orilla. En el fuego se asaban los peces más pequeños que se habían conseguido después de desvestirlos de sus ropajes plateados. Los niños más pequeños dormitaban mientras tanto acurrucados en huecos hechos en la arena. Había que cavar profundo para encontrarla tibia reteniendo el calor que el sol había dejado enterrado en sus entrañas. Pero al final todos terminaban doblegados por el sueño.

Ella siempre era la última en dormirse. Permanecía vigilante por un rato viendo al sol que emergía redondo y luminoso a la izquierda nuestra. Luego se recostaba e iniciaba un sueño frágil que no se prolongaba mucho. Apenas parecía respirar. Podía pensarse que dormía sin querer molestar a nadie, como haciendo algo que no

le estaba totalmente permitido. Yo la veía con los ojos enrojecidos a través del humo de la fogata que se iba extinguiendo con la llegada del día. Es el olor del humo el que asocio con frecuencia a la imagen de Abril que guardo en la memoria. No sólo el humo de las fogatas de la playa sino también el que llenaba todos los intersticios de su casa. El olor suave y perfumado de las maderas primorosas que ardían en el fuego de su casa: los guayacanes, los chico zapotes, los almendros. Ella llevaba consigo el perfume del bosque incandescente a todas partes, impregnado en la ropa y en el cuerpo, y lo iba dispersando imperceptiblemente. Por su olor uno podía saber de qué parte del bosque provenía la madera que había usado para el fuego. Eran aromas diferentes que evocaban la floresta en donde recogían la madera que ardería todo el día sin extinguirse nunca. Hacían largas caminatas para conseguirla. Llevaban consigo grandes sacos que iban llenando poco a poco con lo que iban encontrando. Recorrían el bosque escogiendo las maderas más secas y del tamaño necesario. Los más chicos escogían ramas quebradizas y pequeñas que herían sus piernas y sus brazos. Era así como recolectaban los aromas que luego Abril dispersaría al portarlos en el cuerpo y en la ropa.

Era también el aroma de las fogatas de la playa que como grandes fumarolas manaban humo durante el tiempo en que dormitábamos rodeándola. Si alguien hubiera estado observando desde lejos sólo habría descubierto la columna gris elevándose hacia el cielo. Todos los que la rodeaban estaban hundidos en la arena tratando de atraer el calor del sol aprisionado en ella. Los cordeles y los anzuelos que habíamos preparado con esmero yacían desperdigados y enredados. Mostraban las huellas de las batallas que habíamos librado por la noche con los peces. Estaban llenos de nudos, rotos en muchas partes, deformados y estirados por la fuerza con la que se había tirado tratando de escapar de la trampa que se había tendido. Ahora, los cuerpos de los peces estaban quietos. Los teníamos enhebrados con hojas de palmera y miraban sin mirar con sus ojos de

abalorio. Eran el botín con que volvía el pequeño ejército en andrajos que dormía rodeando la fogata. Todos estaban exhaustos, incluso los mayores que presumían de tener una fuerza inagotable. Eran, tal vez, los que más se habían divertido asustando a los más chicos por la noche contándoles historias que les metían miedo. Gozaban viéndolos abrir los ojos con espanto y arimándose entre ellos para paliar el miedo. No sé si fabulaban o solamente transmitían lo que ya habían escuchado de otros antes. Todas las historias que contaban sucedían en lugares conocidos. Hablaban de recodos del río, de las grandes y silenciosas casas que permanecían cerradas todo el año, de la playa en donde en ese momento Abril cuidaba la fogata. Los lugares que a diario transitaban eran el escenario en donde pasaban cosas que nadie había podía explicar por más que lo intentaran. Contaban de sombras y bultos que se lamentaban en la soledad de las noches sin luna. De risas y murmullos que se escuchaban al pasar por ciertos sitios después de las doce de la noche. Describían todo detalladamente pues tenían mucho tiempo para contar lo que quisieran. Las historias se hilaban una atrás de otra. Era inagotable la lista que tenían a su alcance. También nos ponían al tanto de lo que le sucedía a la gente que vivía en el pueblo de la otra orilla. No sé cómo sabían tanto de la vida de esa gente a la que no veían nunca y de la que estaban separados por el río. Pero parecía que fueran sus vecinos más cercanos, que vivieran a su lado y la vieran todo el día. Sabían los sobrenombres y los defectos que distinguían a cada uno y estaban enterados de las habladurías que se contaban en voz baja. ¿Quién y cuándo les contaba todo? Ni por asomo pude saberlo nunca. Pero siempre tenían a la mano un cuento.

Mientras contaban historias cambiaba la marea. Iba de alta a baja y viceversa. Había peces de marea alta y peces de marea baja. Los pargos de boca colorado se enganchaban justo cuando la corriente empezaba a variar de dirección y fuerza. Otros, que semejabán tiburones diminutos, eran los únicos que se pescaban siempre.

Tenían aletas filosas que cortaban todo lo que se les interponía mientras chapaleaban en el fondo de la barca. Más tarde, hacia el medio día, Abril prepararía una sopa espesa con sus cuerpos resbalosos sin escamas. Los abría en canal y regaba las entrañas donde los perros pudieran alcanzarlas. Luego los adobaba con aliños que esparcía sobre sus carnes blandas y los hacía hervir en un caldero rebosante que derramaba espuma sobre el fuego crepitante. Ese era el banquete para el que los niños habían trabajado tanto, por el que se habían desvelado y por el que habían luchado con los peces. Era la culminación, el punto que indicaba que se había llegado al final de la jornada. Con la comida terminaba el ciclo y cada cual volvía a sus andanzas. La pesca había terminado y se buscaba un sitio para descansar un poco, un lugar sombreado en donde se pudiera dormir sin ser molestado por el ardiente sol del medio día. Sólo las hojas de las palmeras se movían en medio de la calma chicha.



Desde la hamaca los veía dispersos en distintos sitios, arrebu-
jados y quietos descansando. No tenían ninguna prisa, nada que los
atara a horarios o jornadas especiales. Eran dueños totales de su
tiempo, podían hacer con él lo que quisieran pues no había nadie
controlándolos en nada. Por eso podían dormir profundamente sin
que sintieran que estaban cometiendo alguna falta. Eran gente tran-
quila que no sabían de las presiones de tiempo a la que otros esta-
ban constreñidos. Se levantaban de la cama cuando lo que se habían
propuesto hacer lo demandaba. Comían en horarios desiguales y dis-
persos sin que nadie los llamara a una mesa dispuesta para ellos. No
era, sin embargo, un modo de vida que hubieran escogido. Era la
única forma que ellos conocían, lo que habían visto hacer desde que
eran muy pequeños.

No sabían que yo hubiera querido tener un poco de esa tranquilidad que trasuntaban todo el tiempo. Acezante durante toda la semana apenas llegaba al día en que debía armar los bártulos con que partía hacia el lugar donde vivían ellos. Corría desaforado de un lado para otro haciendo cosas prescindibles que a nadie le importaban y que sólo yo creía que eran importantes. La mitad de lo que hacía podría haberlo dejado sin que nadie se enterara, sin que ninguno resintiera en absoluto que no lo hacía más en mi jornada. Era un mundo pequeño y obcecado, un túnel en donde me perdía hasta que miraba la salida que llevaba hacia la costa. Por ahí entraba el viento que permitía hinchar los pulmones de aire fresco y resarcir el tiempo que pasaba encerrado respirando el aire viciado, maloliente, denso y sucio de la ciudad donde vivía. El mar era la claraboya a través de la cual se veía la vida de otra forma, el lugar por donde penetraba la luz que permitía ver más adelante. Detrás de la cadena montañosa que ellos veían a lo lejos estaba ese mundo de carreras sin sentido en el que transcurría la mayor parte de mi vida, en una ciudad sucia y despintada en la que con frecuencia corría el agua de los albañales libremente por las calles. El sol se ocultaba pronto tras los cerros circundantes y la oscuridad no podía ser vencida por los escasos faroles de las calles. Un viento frío soplaba por la noche y obligaba a abrigarse para protegerse un poco.

Mi vecindario era de casas bajas con pequeños jardines en el frente. Algunos eran mantenidos impecables por sus dueños mientras otros languidecían sin que nadie se preocupara en absoluto. Mi casa tenía dos ventanas en el segundo piso y otras tantas abajo frente al jardín del que hablo. Era una casa sin gracia igual a las demás que se alineaban en la misma cuadra. Yo salía temprano de mañana y volvía muy tarde por la noche y la casa permanecía solitaria todo el día. Sentía el abandono en el que estaba cuando volvía y encontraba todo como lo había dejado de mañana, nadie había tocado nada ni se había encargado de arreglar un poco: los mismos platos en la co-

cina, la misma ropa sucia sobre las sillas, la misma cama deshecha en una esquina, el mismo aire viciado que había respirado antes. Lo único atractivo eran los libros que se alineaban en las paredes de la casa pero todo lo demás era desorden. Yo no tenía el más mínimo interés por arreglar las cosas, no había nada que me impulsara a cambiar la situación en que vivía. Era sólo yo llegando a dormir entre esas cuatro paredes que no tenían ni un adorno. Una casa vacía en la que los libros me remitían a otros tiempos en los que las cosas habían sido diferentes. Ellos eran un puente que a veces me permitía evocar recuerdos de cuando en la casa había mucha gente y todo estaba ordenado y limpio. Pero ahora ellos mismos estaban cubiertos por el polvo y sólo se salvaban los que yo utilizaba para armar las historias que llevaba preparadas para Abril hasta la playa. Eran como mudos guardianes de la casa y su pasado. Habían visto el ajetreo de otros tiempos cuando la gente entraba y salía presurosa y bullanguera. Había sido una casa con niños quienes, como todos, corrían y gritaban todo el día. Pero se habían ido y eso no era más que recuerdos del pasado.

Ahora yo me entretenía con cosas banales y pequeñas como ver a la vecina del frente a través de las persianas del segundo piso. Tenía el pelo largo y negro, brillante a la luz de la farola que alumbraba el frente de su casa. La visitaban muchachos en motocicleta que charlaban con ella hasta altas horas de la noche. Ella se recostaba a veces contra el vano de la puerta o se sentaba en una grada alta que estaba en la entrada. Los muchachos le veían las piernas que ella exhibía sin problemas. Yo también las veía desde la altura en la que estaba. No la conocía más que desde esa perspectiva pues nunca la había podido ver de día y a la misma altura mía. Reía y se tomaba el pelo con las manos para después dejarlo suavemente sobre el cuello delgado que se doblaba un poco hacia la espalda. Eran gestos que yo había aprendido a descifrar de tanto verla desde mi escondite aéreo. Conocía lo que hacía cuando alguien le atraía: se aca-

riciaba las piernas o jugaba con su pelo sentada en la grada de la entrada. Si no tenía interés no se sentaba, permanecía de pie como queriendo indicar que el encuentro terminaría pronto. Los muchachos intentaban acercarse pero ella ponía un valladar que no recuerdo haber visto transgredir a nadie. Usaban ropas a la moda, pantalones ajustados a las piernas y camisas de cuello largo y puntiagudo. Permanecían de pie o recostados en la moto hasta que el frío de la noche los obligaba a irse.

Yo no tenía más que distracciones de ese tipo. En ellas gastaba las horas de ocio que tenía y muchas veces me aburría sin saber qué hacer entre las cuatro paredes de la casa. Entonces me sentaba a revisar los libros que me ayudaban a imaginar las historias que llevaría conmigo cuando partiera hacia la costa. Originalmente la biblioteca no había tenido un orden definido. Los libros fueron transportados desde otra parte y estaban colocados sin concierto. Así como salieron de las cajas así los habían colocado. Ni siquiera cuidaron de ordenarlos por tamaño, color o rasgos similares. Encontrar algo en esas condiciones se tornaba muy difícil. Yo comencé ordenando por tamaño porque no tenía interés en los temas que se exhibían a la vista. Después empecé a poner juntos los libros que más ayudaban a inventar las historias que llevaba. Así llegué a tener varios estantes ordenados con novelas, libros de cuentos, poemarios y algunas enciclopedias ilustradas. Recuerdo una colección de libros amarillos que tenían un molino de viento sobre el lomo y una pasta dura recubierta con papel muy grueso. Las páginas eran vastas y la letra grande para que pudiera ser leída por los niños e ilustraciones que mostraban los pasajes más interesantes de la historia. Yo me detenía observando cada detalle del dibujo y a partir de ellos inventaba historias diferentes a la que se estaba contando en las páginas del libro. No buscaba inventar intencionalmente nada nuevo, a veces era simplemente por desgano de leer lo que las páginas decían, en otras no me gustaba lo que estaba leyendo y lo cambiaba.

Así pasaba las horas en la casa de la que no salía por la extrema timidez que me invadía siempre. No me atrevía ni siquiera a saludar a la gente que era mi vecina. Seguramente pensaban que era alguien ampuloso que no quería saludarlos pero la verdad es que yo no sabía como acercarme y decirles buenos días. Además era posible que quisieran continuar la charla y yo no tenía en absoluto nada que pudiera comentar con ellos ya que sentía que mi vida era pequeña y vacía de interés para cualquiera. Sólo en la playa con Abril y con los niños podía estar a gusto y sin problemas. Ellos no preguntaban nada ni me obligaban a que hablara cuando no quería. Hacían sus cosas y dejaban a los demás que hicieran lo que les viniera en gana. Me sentía sin presiones ni ataduras pues no me requerían si yo no lo deseaba. Pero en la ciudad las cosas no eran de la misma forma. Ahí la gente siempre esperaba que las conversaciones continuaran. Querían saber algo de mi vida, de lo que me gustaba, de cómo pasaba las horas adentro de la casa. A veces hablaban cosas banales sin una intención específica declarada. Eran las peores conversaciones, las que más temía que se dieran. Yo no sabía en absoluto cómo podía continuar una vez que el tema se agotaba y antes que eso sucediera empezaba a pensar en lo que podría conversar más adelante. Pero por pensar en ello no ponía atención a lo que estábamos hablando y me perdía sin saber qué responder cuando me preguntaban algo. Supongo que la gente pensaría que no estaba interesado. En resumidas cuentas, era un problema para mí relacionarme y aún sostener conversaciones anodinas o establecer relaciones pasajeras.

El único con quien intercambiaba algunas palabras de mañana era un hombre que se encargaba de llevarme el diario cada día. Lo hacía sabiendo que yo tenía algo para él que estaba hambriento y desnutrido. Yo juntaba los restos de las comidas anteriores y se las pasaba. Intercambiábamos algunas palabras, nunca mucho más de lo justamente necesario. Habría querido conversar un poco pero la misma cortedad que tenía con los otros me cohibía. Él esperaba de

pie junto a una de las ventanas inferiores y discretamente atisbaba aunque sabía que infaltablemente yo lo atendería. Esperaba impaciente apremiado por el hambre. Se veía al borde del colapso, demacrado, con la barba crecida, los ojos enrojecidos y los vestidos estropeados y despedía un penetrante olor que delataba una excesiva afición por la bebida. Como él había muchos que deambulaban mendigando por las calles. De esa forma había llegado este hombre hasta mi puerta y yo le había dado la comida que tenía. A veces se protegía de la lluvia en el pequeño alero de la entrada. Se arrebujaba en una esquina, esperaba a que cesara de llover y luego se marchaba. Lo esperaba la ciudad mojada, llena de basura, con las alcantarillas tapadas y las cornisas de las casas goteando el agua helada. Su figura esmirriada se alejaba desolada. Seguro, caliente y seco yo era incapaz de llamarlo para ofrecerle algo. Se me partía el alma viéndolo caminar solitario por las calles oscuras y tenía la certeza que yo podía hacer algo por él. Pero nunca pude encontrar las fuerzas necesarias para llamarlo.

La casa era el lugar más seguro que tenía. En ella me sentía tranquilo y sin apremios. Una vez que cerraba detrás de mí la puerta de la entrada podía relajarme y dejar de estar alerta todo el tiempo. Ahí nadie me juzgaba y no había que hacer los malabares que implicaba relacionarse con los otros. La casa era el refugio que anhelaba todo el día y que extrañaba desde el momento en que salía de mañana: en ella estaban las pocas cosas que tenían para mí algún significado, en los armarios, la ropa que habían dejado los que se habían ido, en gavetas y cajones objetos que nadie se podría haber imaginado que llegarían a tener el valor sentimental que para mí tenían. Eran rastros de voces perdidas en el tiempo que volvían de improviso desde alguna esquina. Alguien ajeno a la historia que entrañaban habría visto con recelo el culto que tenía por objetos aparentemente intrascendentes. Pero yo los veía como parte de un rompecabezas cuya clave la tenía en mi memoria, cada uno de ellos me remitía a

una imagen, a un momento o sentimiento que no recordaba que tuviera dentro de mí. Eran las conexiones a través de las cuales retornaba al mundo seguro de la infancia. Era un mundo tibio y silencioso en el que las cosas sucedían iluminadas por la luz del sol de la mañana. Era un mundo completo en donde cada cosa tenía un lugar asignado sin remilgos. Había manos protectoras y voces que enrumaban y decían claramente como debían hacerse las cosas de la vida. Todo estaba claro y diáfano en el mundo al que me remitían los objetos de los cajones y gavetas. La casa era la depositaria de esas huellas que permanecían encerradas tras sus muros. Mientras ella existiera seguirían persistiendo los enlaces con ese mundo que se había diluido con el tiempo. Por eso era importante cuidarla contra los embates de aquellos que no sabían lo que guardaba en sus entrañas. Me había convertido en el guardián de la entrada. Nadie debía acercarse a las veredas secretas que se iniciaban en el fondo de los cajones dispersos por la casa. Nadie podía alterar el orden en el que se encontraba todo. Era la disposición que el destino les había asignado cuando cesaron en sus funciones primigenias. Ahora sólo restaba mantenerlo intacto para que pudieran convertirse en sendas que se hundían hacia los vericuetos del pasado. Nadie sino yo conocía las reglas que permitían mantener incólume la relación de las cosas con su entorno. Era yo quien tenía las llaves que permitían el acceso. Por eso no podría abandonar nunca la casa. Ese era mi destino, la tarea que se me había asignado para siempre.

-XVI-

En un lugar privilegiado estaba el álbum que guardaba las fotos del lugar al que llevaban los objetos. Era grueso y de hojas negras desgastadas en los bordes. Recuerdo con precisión el día en que lo habían llevado para que fuera el recipiente de nuestras imágenes capturadas en el tiempo. Venía envuelto en un papel azul que los

pequeños destrozaron inmediatamente. Las fotos que empezaron a poblar sus páginas eran pequeñas con los bordes recortados disparejamente. Eran la muestra fehaciente que todo había sido exactamente como lo recordaba la memoria, certificaban la existencia del lugar al que llevaban los caminos escondidos, permitían justificar el papel al que yo estaba destinado. El álbum no era un museo estático que se podía visitar mirando sin emoción las vidrieras empolvadas, era la vida bullente que a veces hasta se escapaba de las manos y tomaba por rumbos sorprendentes. En él cada uno ocupaba el lugar natural que le correspondía, nadie se había rebelado aún ni había intentado modificar las cosas para tratar de construir caminos inéditos y propios.

En esas fotos aparece por primera vez el mar. Es una imagen en blanco y negro en la que bañan a un niño en una tina de metal plateado instalada sobre la playa. Yo estoy de pie a su lado viendo caer agua salada en su cabeza. A lo lejos se atisba el muelle que se pierde entre la bruma calurosa. Abril no aparece en ningún lado pero el paisaje ya es el mismo en el que estaremos los dos varios años más tarde. Una mujer mira con ojos tristes al aparato que deja su imagen fija sobre el papel brillante; tiene un traje de baño del que aún recuerdo el color que la foto no me dice. La arena es la misma en la que más tarde se enterrarán los niños. Es el tiempo de la vida, cuando todo estaba aún completo y nadie había muerto marchitando la inocencia. Hay otra foto en la que aparezco de la mano de mi padre. Detrás de nosotros el mar se extiende al infinito. Deben de haber sido alrededor de las diez de la mañana porque el sol no parece importarnos. Las fotos están cerca de la esquina superior derecha de una de las primeras páginas del álbum y nadie las movió de ahí por años. De tanta repasarlo me sé casi de memoria la secuencia: primero los nacimientos y los bautizos, la familia frente a la iglesia con el recién nacido en brazos, los padres, los abuelos, los padrinos y los tíos. Las mañanas soleadas en una ciudad amable que se

fue destramando hasta desaparecer entre el humo. Después los cumpleaños de cada uno, el primero, el segundo y el tercero, las fiestas con los primos, las serpentinas y los globos colgando de los techos, los refrescos sobre las mesas y las niñas que nos miran de reojo. Ellas con vestidos rosados o celestes y nosotros con corbata prendida al cuello de la camisa blanca. El álbum había sido ordenado para mostrar la secuencia que había tenido nuestra vida. Era el testigo fehaciente que la memoria remarcaba sobre algo que de veras existía en el pasado. Él por sí solo podía ser considerado una memoria independiente.

Lo tenía sobre una pequeña mesa de madera. Estaba ahí siempre a mano para poder rebuscar entre sus páginas sin necesidad de ir a buscarlo a las librerías. Nunca lo llevé conmigo hasta la playa, Abril y los niños ignoraron siempre esa parte de mi vida. Para ellos yo era nada más lo que veían, nunca compartí con ellos mi pasado, ni mis deseos, ni mis anhelos. Eso me liberaba por completo, me quitaba de encima el peso que implicaba ser el guardián de la casa y sus recuerdos.

-XVII-

En el mar ella no existía, se quedaba en las alturas de la sierra perdida entre el humo de las máquinas que la iban ahogando lentamente. Era difícil inclusive imaginarla: uno sabía que ahí estaba, pero no podía reproducir con precisión los detalles de las cosas. Eran dos mundos separados que se ignoraban mutuamente, unidos solamente por una precaria carretera.

Por ella venía el autobús destartado en el que yo viajaba sofocado. Por ese camino transitaban también grandes camiones cargados con mercaderías diversas y abundantes. Se les veía bajar a paso lento y subir con dificultad aún de noche, con sus parachoques

coloreados en los que escribían sus nombres rimbombantes. Con frecuencia sufrían desperfectos que los hacía volcar junto al camino. El cargamento que llevaban se desparramaba por el campo y quedaba expuesto a los ojos. Yacían como grandes dinosaurios abatidos con las entrañas abiertas y dispersas. Nosotros pasábamos despacio mirándolos tirados al lado nuestro mientras las madres cubrían el rostro de los hijos para que no vieran la sangre de los muertos. Un hormiguero de gente recogía los despojos o comentaba sobre las causas del suceso. Pero pronto se quedaban atrás en el camino mientras nosotros seguíamos el viaje. La ciudad quedaba cada vez más distante a las espaldas, rodeada de murallas de volcanes y montañas. Atravesábamos ese muro cruzando desfiladeros y barrancos. Las paredes de los cerros se erguían hasta perderse entre las nubes que tapaban los picos más lejanos que a veces se desplomaban por el agua que caía a raudales sobre la tierra. Grandes avalanchas recorrían las laderas arrastrando todo lo que se interponía ante su paso, árboles gigantescos y peñascos caían impetuosos cerro abajo. Entonces, las largas caravanas de viajeros que iban hacia la costa se detenían en el camino bloqueado esperando a que fuera despejado. Pasaban horas o días antes que pudiera transitarse por una pequeña senda embarrialada bordeada de árboles abatidos.

Los caminos serpenteaban inclinados sobre los precipicios alejándonos cada vez más de la aglomeración y el humo. Por las ventanillas abiertas del autobús veíamos espaciarse cada vez más las casas hasta que el paisaje se transformaba en campo. Cuando la sierra se diluía en las planicies de la costa los viajeros se transformaban en emisarios de la altura. De los compartimentos cerrados del autobús salían encargos enviados desde arriba para los que vivían allá abajo. Los destinatarios salían a la vera del camino y agitaban los brazos desde lejos cuando nos veían aparecer en una curva. Nosotros nos acercábamos envueltos en un polvo blanquecino que cubría las hojas de los árboles cercanos. Descargados los envíos partíamos

de nuevo para continuar de mensajeros y en donde no nos deteníamos nos saludaban con la mano desde lejos.

Todavía nos faltaban los grandes ríos que desbordaban su cauce en la época de lluvias. Antes de llegar al sitio en donde la carretera se hundía entre las aguas ya nos habían avisado del desastre. La gente se refugiaba en las lomas más cercanas en donde estaba segura que no sería llevada río abajo. Llevaban consigo lo más preciado cargado en carretas que se movían lentamente huyendo de los ríos desmadrados. Nuestro autobús era visto como mensajero de la ciudad que suponían debía enviarles alimentos y soporte. Nos deteníamos en los grandes campamentos que habían improvisado para pasar la noche y soportar la lluvia que seguía cayendo contundente. Eran familias y caseríos enteros que lo habían perdido todo. Nosotros compartíamos alimentos y frazadas pero nada podía consolarlos: la corriente llevaba animales y viviendas hasta el mar que lo recibía todo mientras los niños correteaban y los padres intentaban tapar los huecos por donde se colaba el agua a las pequeñas tiendas de campaña. La ciudad, sin embargo, permanecía impasible, lo que sucedía estaba lejos de sus últimos suburbios y se sentía extraña con esa gente tan remota.

Por eso yo perdía de vista a la ciudad cuando partía. Se iba haciendo más distante conforme avanzaba en el mundo que estaba más allá de sus fronteras, hasta que apenas se intuía por el resplandor que se reflejaba por las noches en el cielo. Yo me iba despojando de los trabajos que tenía impuestos conforme me alejaba. Había cerrado la puerta de la casa con aldaba y adentro se quedaban los esfuerzos que tenía que hacer todos los días. Dejaba de ser el guardián celoso de su historia y despacio me transformaba en otro. Eso no lo noté sino hasta que habían pasado mucho años, cuando caí en cuenta que podía conversar con la gente que me acompañaba en el viaje a través de las montañas. Era solamente yo, sin toda la historia que llevaba a cuestas con la casa y los bártulos que en ella se guar-

daban. Me olvidaba del álbum y las fotos, de las imágenes y los recuerdos que eran tan importantes para mí cuando estaba viviendo entre montañas. Sólo al volver asumía de nuevo los papeles cotidianos. Al ir quitando las aldabas, los candados y las trancas regresaban los amarres que me tenían estrechamente vinculado con la casa. Regresar a la ciudad significaba volver a lo que había dejado guardado bajo llave. En el zaguán me estaban esperando los fantasmas, una corte de ausentes que seguían orientándome la vida. Yo venía de contarle a Abril las historias que tanto le gustaban pero en cuanto caía el último candado mi lengua se trancaba nuevamente y volvía a ser la persona callada que conocían los vecinos de mi barrio. Había una fuerza que estaba más allá de mis deseos de tenerla. El contador de historias, el fabulador preferido de Abril se callaba y no volvía a emitir sonido, se encogía en su caparazón opaco de donde no salía nunca ni siquiera para conversar mínimamente.



Por eso la playa era mucho más que ir a pescar o a caminar de noche con Abril y con los niños. Era el lugar en donde lograba traspasar las barreras que rodeaban mi vida en la ciudad lejana. Con Abril, el juego aparecía en cualquier momento y había un entendimiento que iba más allá de las palabras. Algo en mí se despertaba con su forma pausada y silente de estar conmigo.

Por eso inventaba las historias para ella con la mayor facilidad del mundo. Me convertía en un fabulador insigne que echaba a volar al aire las mentiras más irreverentes. Ni yo mismo lo habría podido creer si no me hubiera sucedido. El apabullado y encogido que no hablaba nunca se convertía en un fluyente contador de historias, en un emocionado transmisor de mundos fabulosos. A veces me costaba un poco empezar, soltarme y enrumbarme en ese oficio que ejercía solamente con esa mujer sosegada y misteriosa. Pero poco a

poco iba acumulando fuerzas que se iban desbocando hasta llegar a paroxismos que no habría imaginado nunca. Por eso escogíamos lugares apartados para que yo contara y ella escuchara lo que le había preparado. Alguno que viera desde lejos mientras yo gesticulaba podría haber pensado cualquier cosa menos que estábamos armando mundos complicados. El tono de mi voz subía hasta casi gritar lo que tenía que decirle a ella. El apocado sin voz se convertía en un gritón gesticulante que parecía haber sido siempre el centro de los concursos de oratoria.

Claro que no siempre eran así nuestros encuentros. A veces el tono era triste o melancólico o simplemente apaciguado. No había nada que estableciera cuándo tenía que ser de una forma u otra. Nos lo imponía el estado general del ánimo, las condiciones del clima, la forma como batía el mar al lado nuestro. Cuando el tono de la voz y los gestos eran moderados las historias eran íntimas y debían ser contadas en voz baja. Ella se aproximaba para escucharlo todo, echaba la cabeza hacia adelante y expectante seguía los detalles. Mis personajes susurraban frases amorosas, acariciaban la piel que se erizaba y sentían el corazón latirles fuertemente. Mis palabras le llegaban de tal forma que parecía que ella fuera la mujer a quien estaba conquistando. Eramos como dos enamorados conversando al amparo de la sombra de las grandes casas. Nos escondíamos en las hondonadas que se formaban bajo los corredores de madera y en su frescura pasábamos la tarde. La arena se nos escurría suavemente entre los dedos y penetraba entre la ropa. Era una arena gris y fina que el viento de los chubascos levantaba fácilmente y que lanzada con fuerza contra el cuerpo laceraba como un látigo cortante. Pero bajo los corredores sombreados de las casas se comportaba dócilmente con nosotros. Podíamos hundir los pies en ella y sentirla fresca y esponjosa, o acomodarla a nuestro cuerpo de tal forma que el tiempo se escurría sin sentirlo. Parecía tamizada con la idea de hacernos sentir bien estando en ella. Con Abril cambiábamos de po-

sición frecuentemente y nos movíamos a través del espacio que quedaba debajo de la casa. Esa era la frontera porque más allá el sol se desplomaba inclemente sobre todo. Ahí la arena era una plancha incandescente en la que no se podía detener ninguno y que opacaba el horizonte deformando la visión de las cosas alejadas. Emanaba una especie de vapor que se elevaba abotagando hasta a las aves en el cielo. Por eso nos protegíamos sentados en la frescura de ese sitio a donde jamás llegaba ese sol reverberante. A veces, cuando languidecía la historia en la que estábamos trenzados, nos íbamos aletargando lentamente hasta que se establecía entre nosotros el silencio. A lo lejos se escuchaba el rumor de la batiente o la brisa del mar chocando con la arena. Con los ojos cerrados nuestras mentes vagaban por los mundos que recién se habían inventado. Pero también dormíamos un sueño tenue como un velo que se agita levemente con el viento. Abril dormía con los labios semijuntos y los ojos entreabiertos respirando suavemente. Su labio inferior carnoso se desplomaba un poco mientras la pequeña barbilla se movía al compás de sus pulmones. Pasaba suavemente de la vigilia al sueño e imperceptiblemente se iba deslizando lejos de mi lado. Yo continuaba mi relato porque sabía que mi voz era un murmullo que la arrullaba acunándola en la arena. Si me detenía podía despertarse. Lo que hacía era espaciar las palabras lentamente y bajar el tono de la voz que relataba. De esa forma la transición de mi voz hacia el silencio se atenuaba y ella no resentía el abrupto final de nuestra historia. Así podíamos quedarnos horas o unos minutos solamente. Sabiendo de lo superficial del sueño yo me quedaba quieto apenas respirando muy despacio. Eso no era problema para mí en absoluto pues estaba acostumbrado y me gustaban los silencios y las pausas. Me sentía a gusto teniéndola dormida al lado mío, respirando tranquila y sin moverse. Yo aprovechaba para dejar vagar los pensamientos aprisionados que la ciudad me impedía liberar. Me recostaba contra los grandes horcones que sostenían la casa de madera. Apenas habían sido despojados de la parte exterior de la corteza y eran muy grandes y

pesados, lo suficiente para soportar la enorme casa que se levantaba arriba de nosotros. Apenas si lograba rodearlos con los brazos. Deben de haber sido llevados flotando por el río y echados a rodar sobre la arena de la playa. No podía imaginar que los hubieran traído de otra forma porque no había fuerza humana que lograra levantarlos. A ellos me recostaba sintiendo su rugosa piel sobre la espalda. Abajo, mis piernas y mis manos se hundían en la arena que lejana del sol estaba fresca. Desde ahí podía pensar con mayor serenidad, hacer balances de la vida, ubicar el pasado en un lugar más justo y más preciso. O simplemente pensar las cosas que mi mente obsesiva me hacía repasar mil veces. Abril se despertaba suavemente, así como se iba igual volvía. Se regodeaba dejando escurrir la arena entre las manos o haciendo dibujos efímeros en ella. Luego se levantaba y salía del lugar en donde habíamos pasado el rato. Afuera el sol había declinado y la tarde tropical moría sin demora. Las sombras se alargaban hundiéndose en las dunas de la playa. La veía alejarse lentamente sin que se hubiera despedido y sin que me dijera nada de la historia que le había preparado. Yo suponía que había sido de su agrado porque siempre estaba presente para escuchar alguna otra pero nunca me hacía comentario alguno. Se iba pensativa viendo hacia el suelo con las manos tomadas por la espalda y yo me quedaba recostado a los horcones desde donde la había visto dormir plácidamente. Se detenía frente al mar con las piernas separadas mientras el viento le pegaba la ropa contra el cuerpo y después seguía caminando lentamente hasta perderse de mi vista. Quedaba solo bajo la casa que ya no me servía porque el sol se había ido con su carga de calor y resolana. Desde ahí podía ver cómo se hundía el disco gigantesco que teñía de violeta las nubes de la tarde.

Esas eran tardes apacibles pero otras eran antesala de tormenta. Chubascos le llamábamos a los vientos que soplaban con desusada fuerza arrancando techumbres y palmeras. Se iniciaban con un viento que soplabo fuerte del mar hacia la tierra, que levantaba la arena y la estrellaba contra el cuerpo lacerándolo como si lo estuvieran latigueando. En alta mar se veían los negros nubarrones de donde partían relámpagos que hacían impacto sobre el agua. Se acercaban retumbando bravamente mientras empezaban a caer los primeros goterones. Primero corría una ventisca que arrastraba parte de la espuma de las olas del mar embravecido, después una llovizna pertinaz era arrojada con furia sobre todo estableciendo una primera costra de humedad sobre la arena y por último llegaba la tormenta con una fuerza que nos ponía a temblar a todos los que no éramos oriundos de la playa. Cerrábamos puertas y ventanas y las trancábamos con largas reglas de madera. El viento mientras tanto ululaba cada vez más fieramente y se metía en los resquicios que dejaba el machihombre de las casas. No se podía estar a salvo de su ímpetu ni aún metiéndose bajo las sábanas más gruesas de las camas. Se escabullía por todos los rincones y pujaba por derribar lo que intentaba ponerle freno a su carrera. En el techo golpeaban las esquinas de las grandes latas que se habían desprendido y se agitaban como endebles paños zarandeados por el viento. La lluvia nos llegaba por ráfagas furiosas que golpeaban sin clemencia las paredes. Los niños estaban acostumbrados a esas inclemencias que mostraba el tiempo en las orillas del Océano Pacífico y se mostraban indiferentes a los embates de la tormenta contra las endebles casas en donde estábamos metidos. La suya era la que más podía sufrir ante la furia de los elementos desatados porque era precaria y endeble y se encontraba ubicada en un espacio abierto a los vientos del océano. Pero habían pasado por experiencias similares muchas veces y ya sabían las consecuencias de lo que estaba sucediendo. Además no tenían muchas cosas que perder si el viento al final les echaba por tierra la casa donde estaban. A lo sumo tendrían que ocupar algunos días levan-

tando algo que les diera sombra por el día y un cierto cobijo por las noches. Más bien los ocupaba la reparación de las grandes casas que se alineaban una tras de otra como un ferrocarril inmenso varado en las dunas de la playa. Sus dueños les pagaban para que clavarán de nuevo la techumbre, levantaran los postes de energía y reconectarán los cables que habían sido llevados por el viento. Esa labor, por demás, los alegraba, porque conseguían recursos que no estaban incluidos en los misérrimos ingresos normales que tenían. Por eso su visión era distinta de la que tenían los dueños de las grandes casas. Para los niños los chubascos traían un cambio en la rutina de la vida y Abril los vivía contenta y entusiasta. Ella presentía la llegada de los grandes huracanes bastante antes que yo hubiera visto los más pequeños signos en el cielo. Se quedaba quieta mirando hacia el océano levantando levemente la cabeza. Así husmeaba mejor descubriendo los signos del vendaval que se acercaba. No me decía nada, como siempre, pero yo había aprendido a interpretar sus gestos y sabía cuándo se acercaban los vientos de los que hablo. Aunque era un ignorante cuando de las nubes o el viento se trataba, había aprendido a interpretar las señales que provenían de esa mujer pequeña y silenciosa. Podía saber cosas que usualmente no veía porque Abril me lo indicaba con su cuerpo: sus gestos eran para mí un alfabeto que me permitía leer las cosas que usualmente no entendía. Así pasaba con los chubascos que ella detectaba cuando ni siquiera se insinuaban en el cielo soleado y despejado. Y cuando por fin llegaba la tormenta su temperamento cambiaba totalmente, reía y participaba en lo que estábamos haciendo y sus ojos traslucían alegría. Accedíamos así a una faceta que usualmente no veíamos en ella, que se encontraba oculta a nuestros ojos. Bajo los atronadores relámpagos del cielo ella perseguía jubilosa a los niños más pequeños mientras sus risas apenas se escuchaban tapadas por el vendaval que sacudía todo. Era una alegre niña desbocada y sudorosa, feliz con la lluvia y con los truenos.

Después del vendaval salíamos a ver los destrozos en la playa y en las casas: las palmeras caídas, la profundidad con que había penetrado el mar en el estero, las casas destechadas y averiadas. Todo parecía haber quedado quieto y expectante y solamente se escuchaba el batir tranquilo de las olas. Informados de lo que había sucedido, los dueños de las casonas llegarían en los días que seguían. Esta vez no vendrían buscando armar jolgorio sino compungidos y llorosos a corroborar lo que desde la ciudad ya sospechaban. Todos querrían ser los primeros en que se les repararan sus cosas y no les importaría en absoluto lo que le había pasado a la casa del vecino. Cada cual miraría por el pequeño espacio en el que se levantaba sobre pilotes el pequeño edificio de madera y palma en el que venían a divertirse dos o tres veces al año. Algunos se quedarían apenas unas horas, las suficientes para corroborar los daños y dar las indicaciones necesarias. Los que más se quedaban pasaban a lo sumo un día, incómodos con la arena y sudorosos por los vestidos inapropiados que llevaban. Con la prisa no habían tenido tiempo de buscar ropa liviana apropiada para el clima de la costa. Esta vez vendrían solos. No se escucharían las carcajadas de las amigas ni la música por las noches. Sus barcas refulgentes se quedarían varadas en las casetas colindantes con el río, sirviendo de soporte para las telarañas que se multiplicaban desde sus bordes hasta las paredes de madera.

-XX-

Como siempre yo les miraría desde lejos con mis ojos miopes que me obligaban a inventar la mitad de lo que hacían. Vería los bultos de sus figuras desplazarse presurosos y oiría sus voces aventadas por el viento. A partir de esos pocos elementos debía reconstruir en mi cabeza lo que pasaba más allá de los linderos de mi casa. No me importaba mucho si lo que lograba armar coincidía plenamente con lo que de verdad pasaba. Lo importante era que cada pieza enlazara

naturalmente con las otras, sin transiciones bruscas ni especulaciones artificiales que no coincidieran con el tono general de lo que estaba sucediendo. Yo habría podido utilizar los lentes que tenía guardados en el bolso de viaje que traía, pero entonces sólo habría visto a los mismos gordos pedestres que le restaban magia al mundo circundante. Sin los lentes, sin embargo, apenas identificando el perfil de la gente y de las cosas, podía inventarme un mundo propio a partir de los elementos que veía. Así podía evitar ver a los vulgares y grotescos vecinos que daban órdenes a gritos y sudaban mojando los sobacos de las camisas ordinarias que vestían. Viéndolos a medias, borrosos y difusos, yo podía especular que habían cambiado o que mi memoria se había equivocado y no eran realmente como yo los recordaba. Sobre su pequeña y mediocre existencia podía levantar el edificio más hermoso, imaginar los cuentos más bellos de mi vida o inventar historias aberrantes. Ellos eran solamente la excusa que yo necesitaba, el soporte, la base que aguantaría lo que yo quisiera ir poniendo. Por eso me paraba bajo los árboles a verlos, no porque tuviera una intención morbosa que me empujara a enterarme de sus vidas ordinarias, sino porque a partir de ellos podría inventar para Abril algunos cuentos que sucedieran en lugares cercanos a su entorno. Yo sabía lo que a ella le gustaban porque cuando se los contaba posaba fijamente sus ojos en mi rostro. Yo pondría en mis historias los pájaros que ella conocía, su canto que escuchaba cada día de mañana, las plantas y los árboles que ella utilizaba en las comidas o para avivar el fuego del fogón donde las cocinaba. Intentaba recrear todo de tal forma que identificara las cosas que contaba pero sintiendo que no era exactamente lo que ella conocía. En eso estribaba la magia, el encanto, la sutileza de la labor artesanal a la que debía someter lo que veía. No era una tarea simple y estar sin los lentes me ayudaba. Así debía empezar por inventar desde el mismo momento en que veía a mis vecinos ir y venir tratando de ordenar las cosas que el viento les había estropeado. Cuando se fueran yo quedaría con las alforjas llenas con material que debería trabajar en

los días que siguieran. Para mí, que tenía una vida en la que había pocas cosas importantes o atractivas, trabajar lo que había logrado capturar constituía un motivo de alegría, una salida a las ociosas largas noches que me esperaban en la casa de allá arriba. Regresaba sin haber escrito ni una sola nota, sin una sola línea que sirviera de soporte a mi trabajo. De hecho, jamás escribí ninguno de los relatos que llevaba conmigo hasta la costa. Eran largas narraciones que crecían y se transformaban continuamente en mi cabeza. A veces formaban partes de mis sueños en donde adquirían dimensiones diferentes que no siempre lograba recordar al despertarme. Ahí se entrecruzaban con mi vida, con lo que me sucedía diariamente, con las angustias que me estaban persiguiendo, con las inseguridades que exhibía siempre. Se transformaban en historias en las que las cosas encajaban sin que tuvieran un sentido inteligible. Nunca traté de comprender lo que querían decirme transformadas pues nunca fui un buen intérprete de sueños. Pero ciertamente dejaban rastros que aparecían en algún momento del relato pues los enriquecían con ángulos inéditos que no se me habrían ocurrido en la vigilia. Otras veces las ideas me venían de improviso, sin que las esperara ni las estuviera buscando expresamente. Jamás pude saber cuál era el mecanismo que permitía que de pronto vinieran a mi mente. Era como empujar una puerta que se encontraba cerrada a mi mirada y que de pronto sin querer se abría y ofrecía un horizonte nuevo.

Después de todos esos avatares nadie reconocería en mis historias a los gordos melifluos de la playa. Ni siquiera Abril sospechaba nada cuando se sentaba a escuchar mis cuentos. Ella creía que le estaba relatando algo que una imaginación poderosa me dictaba. Creo que esa cualidad era para ella algo así como una luz deslumbradora. Se asombraba que pudiera inventar tantas historias diferentes y que nunca se secara el pozo de donde las iba recogiendo. Pero yo no era más que un cronista de las cosas que pasaban a mi lado. Utilizaba trucos ingenuos como ese de mirar borroso el mundo circundante y

los escondía para que ella no se diera cuenta de lo realmente pedes- tres que eran mis historias. A veces las contaba con temor que descubriera que le estaba relatando lo que sucedía a nuestro lado. Entonces me detenía un instante y escrutaba su mirada intentando atisbar algún temblor que delatara que me había descubierto. Pero lo que para mí era evidente, ella no lo detectaba.

-XXI-

Siempre he sido un impostor, tal y como lo fui en esos días cuando engatusaba a Abril recostado en las pilastras que sostenían las casas de mis vecinos de la playa. Contándole mis historias fui descubriendo que podía inventar las cosas más disparatadas siempre y cuando respetara ciertas reglas elementales. La gente quiere sentir que la realidad está presente en las cosas que digo, que no todo es fabulación y producto de mi voluntad mentirosa. Son los signos de los tiempos: lo intangible ha quedado relegado a una esquina oscura a la que pocos vuelven a ver de vez en cuando. No hay mucho que inventar, sin embargo, cuando se trata de hablar sobre Abril, la playa y el mar. No tengo más que dejar que los recuerdos fluyan libremente, como cuando pasaba las mañanas recostado en mi hamaca de colores, leyendo y pensando mientras los pájaros marinos volaban distantes en el cielo.

La había encontrado en el mercado principal de la ciudad, después de recorrer sus pequeñas callejas atestadas con mercancías que se descolgaban de los puestos de venta que se sucedían interminablemente. Era un universo abigarrado de colores y olores que se superponían y mezclaban unos con otros haciendo difícil reconocer alguno en especial. Pocas veces había estado ahí antes, aunque pasaba con frecuencia delante de sus puertas cuando regresaba a mi casa por las noches. Por ellas miraba salir a hombres y mujeres que se movían como hormigas laborando infatigablemente desde la madru-

gada hasta bien entrada la noche, cargando sacos inmensos que parecían que los aplastarían en cualquier momento. Entre toda esa confusión encontré colgando la hamaca que buscaba. Era de un algodón suave tejido en franjas de colores que iban del rojo al ocre, lo suficientemente grande como para poder acostarse a lo ancho sin problemas. La habían traído –me dijeron– desde un minúsculo país vecino que tenía fama de hacer buenas hamacas. Seguramente había venido empaquetada, junto a otras tantas iguales, en algún bulto de los que se apiñaban sobre los autobuses que subían jadeando la cuesta que venía de la costa. Me gustó inmediatamente, pero sabía que debía disimular mi encanto para poder transar el precio con la mujer que la ofrecía desde el fondo del pequeño negocio en donde estaba. Con ella bajo el brazo abandoné el mercado, al que llamábamos Central los que vivíamos en la ciudad de las alturas.

La colgaba entre dos cocales jóvenes que se erguían esbeltos a la entrada de mi pequeña casa de la playa. Tenía un cordel basto que resistía mi peso y los embates del balanceo cadencioso. Ahí pasaba horas enteras recibiendo la brisa que llegaba desde el río, escuchando a los niños chapotear felices en la orilla. A la distancia (desde la barca en la que atravesaba el río, por ejemplo), se veía hermosa, como una llamarada en medio del verdor tierno de las palmeras jóvenes. Aunque no la hubiera utilizado nunca, la habría colgado solamente para verla mecerse plácida con el viento entre el bosquecillo de palmeras que rodeaban a la casa. Con ella me embarcaba en largas siestas que atravesaban el bochorno del medio día y buena parte de la tarde calurosa. Cuando me zambullía en ella sólo quedaba una estrecha ventana vertical arriba a través de la cual se atisbaban las copas de los mangles, los árboles bamboleándose con el viento y pequeños espacios del azul del cielo. Hacia el atardecer me servía de sillón desde el que colgaban mis piernas haciendo surcos en la arena.

Mi hamaca se fue destiñendo con los años, sin que ni siquiera me diera cuenta. Varias veces cambié los lazos que la amarraban a los cocales, que también se fueron elevando verticales hacia el cielo. En ella descansaron parientes y amigos que se levantaron renovados como nunca después de pasar una tarde en ella. Desde ella veía a veces la figura de Abril rondando la vecindad de mi casa por las tardes. Caminaba despacio a la vera del río metiendo los pies muy lentamente, casi sin hacer ondas sobre la superficie del agua. Miraba los árboles, escudriñaba las profundidades cercanas, se sentaba un rato bajo los cocales, igual a como debe hacer ahora cuando yo he salido para siempre de su vida. La luz anaranjada del sol que se ocultaba iluminaba el agua y acentuaba las sombras que iban cubriendo cada vez más amplias porciones del estero. Ninguno de los dos quería romper la quietud y el silencio de la tarde que moría; era otra forma de diálogo y entendimiento entre nosotros. Como siempre, nada había sido planeado. Habíamos llegado a comprender que sentíamos placer dejando que la tarde se escurriera dejándonos en la penumbra casi imperceptiblemente mientras en la orilla opuesta iban apareciendo las luces del caserío. Yo me mecía suavemente mientras sólo se escuchaba el roce de los lazos en los troncos. Ella se marchaba casi imperceptiblemente. A veces, cuando volvía a ver ya se había ido. Entonces me levantaba y encendía la única lámpara que tenía: la llenaba de canfín primero, bombeaba un poco y luego acercaba un fósforo hasta que la luz crecía iluminando todo.

-XXII-

En mayo, la luz que iba creciendo en medio de la noche atraía a decenas de pequeños escarabajos de todos los tamaños y colores. Volaban torpemente chocando contra los cristales, las paredes y los muebles en medio de una nube de palomillas enloquecidas y de cientos de otros insectos. Había que colgarla afuera para evitar que la

casa se llenara de zancudos y mosquitos. Los niños, sin embargo, no sentían ninguna molestia, estaban inmunizados contra las picaduras y atravesaban tranquilamente el enjambre. Yo también me fui acostumbrando con el tiempo. Al principio tenía que utilizar todo tipo de menjurjes para mantenerlos alejados, pero después fui prescindiendo de ellos hasta dejar de utilizarlos totalmente. En esos primeros tiempos los niños se reían de mi debilidad frente a los moscos, no comprendían por qué era acosado de esa forma. Me tenían por pusilánime, por alguien delicado, endeble, al que veían con un poco de desprecio. Se acercaban a mí para mirar como me untaba las lociones repelentes que me mantenían a salvo de los pequeños monstruos voladores por un rato y los más pequeños remedaban mis gestos exagerándolos al máximo. Era el hazmerreír de todos cada noche. Pero a mí no me importaba en absoluto, sin las lociones habría sido pasto de la voracidad de los insectos de inmediato. Eso debe de haber durado un año más o menos, hasta que un día noté que ya no necesitaba de nada para mantenerlos alejados. Creo que esa fue la señal que estaban esperando para considerarme como uno de los suyos. De ahí en adelante yo participaba con los niños de las burlas a quienes venían de afuera y debían protegerse como lo yo lo había hecho antes. Tal vez hasta fue la señal para que Abril saliera y se acercara a mí en el socavón bajo la casa del vecino. Era como si hubiera aprobado un examen o atravesado una prueba de iniciación a algo. Me incorporaron como uno más del grupo, me hicieron partícipe de sus correrías, me aleccionaron sobre aspectos corrientes de su vida como si me estuvieran formando para quedarme con ellos para siempre. Sin que yo se los pidiera me fueron enseñando sobre la mejor forma de poner la carnada en los anzuelos, los secretos de la espera en las estrechas barcas de madera, sobre las mejores horas para dedicarse a pescar cada especie de pez que nadaba en el estero. Todas sus enseñanzas me las transmitían naturalmente, sin que nadie asumiera pose de sabihondo o entendido, mientras hacíamos las cosas día a día. Así me fui sintiendo uno más entre ellos,

cómodo y sin apremios de ninguna especie, aunque era un poco primero entre iguales porque yo, de alguna forma, venía de otro lado y tenía experiencias que ellos no tenían.

Debe de haber sido una imagen un tanto extraña para quien nos viera desde fuera pues yo marchaba siempre rodeado de chiquillos a cualquier parte que fuera. Todos eran menores que yo en edad y en estatura; los había desde aquellos que apenas habían aprendido a caminar hacía poco hasta adolescentes a los que les llevaba unos cuantos años. Recorríamos en grupo los playones que afloraban cuando el río se secaba en la marea baja, sintiendo como se escurría el cieno entre los dedos, consiguiendo carnada para la pesca de mojarras en las pozas que habían quedado aisladas en las partes más profundas. Subíamos despacio y en silencio a los árboles de mangle para sorprender a las iguanas, mientras éramos picados por enjambres de diminutas hormigas negras que se aferraban desesperadamente a nuestro cuerpo. Subíamos a los cocales para bajar sus frutos repletos de agua fresca que saciaba nuestra sed después de las largas caminatas bajo el sol que taladraba nuestro cráneo. Éramos una pequeña pandilla que se desplazaba de un lado para otro incansablemente todo el día, casi desde el amanecer hasta que el sol se ponía exultante en lontananza. Frecuentemente no parábamos más que para comer algo y seguir trajinando hasta que caíamos rendidos a alguna alta hora de la noche.

-XXIII-

Yo caía rendido en un colchón durísimo que había heredado junto con la casa. Me parece que era de lana pura de oveja, de aquellas que son criadas en las alturas altiplanas de ese país pequeño en cuyas costas suceden los hechos que ahora relato y expongo para todos. Para que no se mojara había sido forrado con un material impermeable que lo hacía más duro aún y pesado. Estaba ubica-

do sobre un rústico camastro que yo había pintado de naranja, junto a una ventana grande por donde entraba el fresco de la noche que aliviaba en parte el a veces insoportable calor del trópico. Había otros camastros similares distribuidos por el cuarto, más otro más grande en una habitación pequeña, para alguna pareja que eventualmente apareciera de visita. No sé por dónde entraban murciélagos pues las ventanas tenían mosquitero y las puertas se trancaban desde dentro, pero siempre aparecían en algún momento de la noche con sus alas vibradoras, emitiendo agudísimos chillidos a veces casi imperceptibles. Yo sentía en la cara el leve viento que iba quedando como estela atrás del curso de su vuelo y oía los pequeños chasquidos de sus patas prensándose del techo de la habitación oscura. Eran los mismos que se apiñaban en racimos en las hojas más altas de las palmeras y pasaban todo el día descansando de sus vuelos nocturnos. Noches oscuras, sin más luz que la de la luna y las estrellas; sin ninguna voz humana ni ruido que no fuera el del viento moviendo las hojas traqueteantes de las palmeras y el mar estrellándose a lo lejos en la playa.

A veces la quietud se interrumpía por el rumor de los motores de las barcazas que pescaban camarones. Las redes colgaban de sus costados pintados de azul o verde y se mecían al ritmo de las olas. Encontraron un buen lugar en el estero para descansar de las largas jornadas de trabajo, un sitio a salvo de los vientos y las olas, cercano a la gente pero escondido entre el follaje de los mangles. Se veían hermosas meciéndose en el río, arrimadas una junto a otra, rozándose las quillas y moviendo al unísono los mástiles. Llegaban por la noche alumbrando el agua con grandes reflectores que esparcían su luz hasta la orilla mientras el rumor de sus motores se escuchaba ahogado por el río.

Nadábamos hasta ellas en la marea alta, cuando el río estaba lleno y podíamos mirarlas por todos los costados. Tocábamos sus cascos de metal que se iba corroyendo en ciertos sitios y por las re-

des trepábamos hasta ver las cubiertas solitarias. Nunca vimos a la tripulación de aquellos buques, eran como fantasmas que los llevaban hasta esos sitios y después se esfumaban sin que supiéramos, al principio, a dónde habían ido. Aprovechando su ausencia nos sumergíamos en el agua desde la alta quilla de alguna de ellas y así pasábamos las tardes zambulléndonos.

Empezaron a llegar cuando el río fue dragado y se hizo lo suficientemente profundo para dejarlas transitar en la marea alta. Una máquina negra con una pala mecánica llegó a sacar cieno y restos vegetales durante meses. Avanzaba lentamente día a día, semana a semana, abriendo un surco profundo en el centro del estero. Se le veía trabajar desde temprano en la mañana, moviendo el enorme brazo articulado que iba depositando lodo a un costado, haciendo una muralla que se apreciaba desde lejos. Así fue construyendo una vía para las barcas, una ruta para que pudieran entrar a descansar cuando no estaban faenando en alta mar por largas temporadas. Dragaron el espacio que sería su sitio de reposo, una esquina protegida de espaldas a la batiente de la barra, sombreado con la frondosa copa de árboles añosos y elevados. Era un sitio acogedor para quienes llegaban a reparar sus fuerzas y a buscar la compañía que les había faltado por semanas, porque no estaba lejos del pueblo cuyas luces veíamos con Abril desde la orilla.

Ahí quedaban entonces las grandes barcas ancladas al fondo cenagoso del que nosotros sacábamos carnada para pescar mojarras. Subiendo y bajando al compás de la marea, con sus quillas levantadas hacia el cielo y sus mástiles enhiestos que sostenían las redes. Sus plácidas figuras bamboleantes no auguraban los nuevos tiempos que venían con su presencia y que cambiarían la vida de cada uno de nosotros.

La entrada y salida constante de las barcas se convirtió en rutina al poco tiempo. Íbamos con frecuencia hasta la barra para verlas partir de madrugada. Salían chocando contra las olas, desparramando espuma por los costados, brincando y partiendo olas con las quillas brillantes al sol de la mañana. Desde lejos veíamos a los pescadores moverse sobre la cubierta. Fue lo más cercano que llegué a tenerlos alguna vez. En aquellos días empezaban a contarse historias sobre sus correrías en el caserío del otro lado del estero. Ya los niños las habían incorporado al repertorio de cuentos que contaban en las pescas nocturnas y en las madrugadas en las que pernoctábamos en la playa alrededor del fuego. Eran gente que traía efervescencia a ese lugar en donde no pasaba nunca nada. Bebedores y pendedencieros armaban enormes trifulcas y protagonizaban maratónicas sesiones de bebida que sólo terminaban con la pérdida de la conciencia después de muchas horas. Aún así, eran apetecidos por las mejores mujeres, por las más jóvenes y bellas. Pronto empezaron los líos en los que salían a relucir los grandes cuchillos que los hombres llevaban prendidos a la cintura todo el tiempo. Si hiciéramos caso a lo que contaban los niños, la sangre corría más de una vez cuando las barcas anclaban en aquel rincón protegido del estero. Nada de eso me consta personalmente. Yo escuchaba lo que contaban, emocionados, los niños en la playa. Ellos mismos decían haberse aventurado alguna vez hasta el otro lado para ver personalmente lo que estaba sucediendo. Contaban todo tan vívidamente que cualquiera podría haber pensado que era absoluta verdad lo que narraban y que lo habían visto todo con sus propios ojos. Describían los sucesos como si hubieran sido testigos presenciales, como si hubieran estado detrás de alguna puerta o espiando desde una ventana de las míseras cantinas del poblado. Yo creo que todo era un invento, historias que armaban con lo que iban oyendo en diferentes partes sazonadas con la imaginación enfebrecida que alimentaba la soledad de aquella playa. Pero yo no les decía nada de eso. Por el contrario, abría la boca haciendo como que creía lo que me contaban, pregun-

taba para que dieran más detalles o profundizaran en los acontecimientos que narraban. Ellos, emocionados, no paraban de hablar gesticulando hasta que el cansancio los doblaba y terminábamos durmiendo en los tibios hoyos que habíamos cavado. Nadie sospechaba nada de lo que estaba por llegar a nuestra playa debido a la llegada de esa gente. Si alguien hubiera venido en ese instante a advertirnos no lo habríamos creído, estábamos emocionados con los cambios, alegres de ver los barcos anclados en el río, felices de tener un repertorio tan variado para nuestras noches alrededor del fuego. La vida había adquirido cierta emoción para esas gentes acostumbradas a que no pasara absolutamente nunca nada nuevo en aquella playa ferrosa bañada por el inclemente sol del trópico.

Yo mismo fui pasando a un segundo plano. Ya no era el forastero que atraía su atención adormecida, la novedad de los primeros tiempos cuando me investigaban tratando de descifrar mis intenciones y las razones de mis actos que les eran extrañas a sus ojos. Estaban excitados mirando hacia el otro lado del estero, hacia la otra orilla: las cosas interesantes estaban sucediendo en otra parte y extendían sus antenas para tratar de no perder ningún detalle. Los más grandes eran los portadores de las noticias frescas aunque los más pequeños también aportaban detalles importantes.

Un día, incluso, recuerdo haberme sorprendido escuchando a Abril hablar emocionada de alguno de los sucesos que menciono. A ella, que era siempre comedida, que apenas hablaba, que estaba siempre como en la periferia de las conversaciones y los juegos la vi entusiasmada haciendo comentarios. Me pareció sorprender un cierto brillo en sus ojos que no había visto nunca antes, una emoción que no le conocía, una cierta ansiedad que le atropellaba las palabras cuando hablaba. La recuerdo acucillada siendo escuchada por mí y por los niños, hablando de tal forma que me pareció un poco impúdica, ajena a su forma de ser, a su comportamiento cotidiano. Ella debe de haber notado mi sorpresa porque se retrajo de repente cuando

por alguna razón fijo sus ojos en mi rostro. Yo estaba sorprendido y, de alguna forma, también me sentía un poco traicionado. Seguramente mi expresión delató mi desconcierto, el malestar que experimenté viéndola y escuchándola hablar de esa forma. De alguna manera ella estaba transgrediendo los límites que nuestras pautas implícitas habían establecido. Me di cuenta que al hacerlo ella me estaba abandonando, se estaba trasladando a un bando ajeno y yo me quedaba solitario igual que en la ciudad donde vivía. Una terrible sensación de soledad me acometió de pronto, una certera idea de que yo era un ser marginal distinto a los demás que no lograría nunca encontrar a alguien que compartiera conmigo ideas y sentimientos. Abril se detuvo, sintió que había sido sorprendida in fraganti, que había tenido un desliz y debía enmendarse. Para mí, sin embargo, ella había abierto por un instante una ventana hacia un espacio de su alma que yo no conocía y tampoco compartía. Aunque todo había sucedido velozmente yo había podido atisbar ese lugar desconocido y después, aunque ella hubiese cerrado el portillo que había abierto un instante, yo ya había visto por él y sabía que había otra cosa que existía en ella.

Algo se rompió esa tarde entre nosotros, algo que nadie habría podido reclamar como perdido o diciéndole algo al otro, porque todo era parte de un entramado sutil que a lo mejor sólo existía en mi cabeza. El edificio que se había venido construyendo durante tanto tiempo sufrió de pronto un remezón muy fuerte y ya nada podría volver a ser como era antes. Sentí que me embargaba la tristeza y tuve conciencia de que algo se estaba terminando, que una etapa se cerraba y entraba a otra diferente. Cuando nos separamos esa tarde empezaba a llover sobre el océano y gruesos goterones dejaban su huella sobre la arena de la playa. Me senté en la escalera de la puerta trasera de mi casa a observar el cielo encapotado con nubes que se desplazaban veloces empujadas por el viento. No se oía ninguna

voz humana. El silencio sólo era perturbado por el ruido de la lluvia que caía.

-XXV-

No me había equivocado. La intuición que tuve que las cosas cambiarían se fue confirmando poco a poco. Sin embargo los acontecimientos trascendieron más allá de lo que yo había sospechado. No solamente se afectó la relación que había mantenido durante tantos años con Abril, la mujer marítima, sino que todo el entorno cambió hasta hacerse irreconocible. Los cambios se fueron dando lentamente, a través de los años, y por lo tanto pudimos irnos acostumbrando a lo que iba sucediendo. Tuvimos tiempo suficiente como para que la entrada de los barcos camaroneros dejaran de ser una novedad que atraía la atención ociosa. Nos acostumbramos a verlos entrar de noche, con sus lamparones alumbrando la superficie del agua, a verlos pegados a las raíces salientes de los mangles, a salir muy de mañana, veloces, ensartando su quilla en las aguas espumantes de la barra. Ya era un paisaje familiar levantarse y verlos ahí, meciéndose plácidos en las aguas ahora profundas del río que algunos llamaban Madre Vieja. Era, incluso, agradable verlos. Las aves volaban encima suyo en círculos concéntricos mientras lanzaban sus chillidos al aire transparente de la mañana. Tal vez era el penetrante olor a pescado que salía de sus bodegas, o los restos de peces que quedaban en alguna parte de las naves lo que las atraía y las ponía frenéticas haciéndolas volar en círculo. La baranda que protegía el lugar del timón se llenaba de gaviotas blancas y los alcatraces se posaban en el agua circundante.

Nosotros descubrimos que también los peces se sentían atraídos por los barcos e hicimos un lugar de pesca sus alrededores. Subíamos en nuestros endeble barquichuelos a los que llamábamos cayucos y pasábamos las horas flotando pegados a alguno de los cas-

cos. Sacábamos guapotes que se acercaban a mordisquear los líquenes que crecía en el metal sumergido, o lisas plateadas que se movían en cardúmenes perfectamente sincronizados que quedaban atrapados en nuestras atarrayas. Barcos fantasmas sin gente que los cuidara, habitados por gaviotas que chillaban haciendo girar sus ojos de abalorio. A veces, lo primero que miraba al llegar desde la ciudad lejana eran sus mástiles sobresaliendo sobre la arboleda que rodeaba al río. Se veían claros desde el autobús que se acercaba entre una nube de polvo blanco, antes de llegar al pueblo, en una recta del camino que bordeaba unas salinas extensas: las crucetas del foque, a veces una bandera que ondeaba al viento de la tarde, que era cuando yo llegaba. Eran ellas las que me recibían de primero ahora, las encargadas de avisarme que ya había llegado después del larguísimo camino. Si al principio eran extrañas ahora ya no lo eran, estaban ahí formando parte del paisaje, incorporadas plenamente a la vida diaria del pueblo, del río y de la playa. No habían pedido permiso para llegar y se habían instalado en los lugares que nos eran familiares, en los rincones que nosotros conocíamos desde hacía mucho tiempo, transitaban por la vía en donde antes sólo navegaban los pequeños cayucos tirando las atarrayas y los anzuelos para los peces de las pozas.

En realidad, nadie pedía permiso para llegar e instalarse en ese rincón perdido en donde el mar entraba hacia la tierra a través de la espumosa barra. Yo mismo no lo había hecho hacía años. Había llegado como los barcos y la gente me había recibido con la misma curiosidad con la que recibieron después a las barcas camaroneras cuyas crucetas miraba desde las salinas antes de llegar al pueblo. Tal vez mi llegada había creado tanta perturbación como la que ahora estaban causando ellas pero yo no me había dado cuenta. Las barcas y yo éramos extraños enquistados en ese lugar salino que podía sobrevivir perfectamente sin nosotros, foráneos que llegábamos por razones diferentes.

A pesar de todo, yo había creado menos cambios y rupturas. Ahora que la entrada de las naves se había hecho una rutina, también dragar continuamente el río se había convertido en una actividad constante. La parte central del lecho era ahora un profundo canal que arrastraba el cieno hacia la barra; en un lado crecía una pared cada vez más alta mientras en la otra, en donde estaba la fila de casonas, empezaba a moverse la desembocadura lentamente hacia ellas.

-XXVI-

La barra empezó a moverse lentamente hacia el Norte, en dirección al muelle que se veía en la distancia, arrasando con todo lo que encontraba ante su paso. El dragado continuo había cambiado las corrientes que ahora escarbaban la arena de la playa moviendo la desembocadura inexorablemente. Hubo quienes, alarmados, quisieron tomar medidas para detener el avance de la barra. Llegaron nuevas máquinas que se movían como grandes orugas en la playa mientras sus conductores se morían de calor bajo el sol del medio día. Levantaron una barrera de cemento armado, apilaron uno sobre otro sacos de arena enredados en mallas de metal trenzado, pero todo era en vano: una tras otra las olas se llevaban las barreras que levantaban para tratar de detenerlas, se desmoronaban como castillos de arena ante la inclemencia de las aguas que cavaban bajo ellas, haciéndolas caer hacia donde corría fuertemente, desarmándolas y arrastrándolas. Después de las marejadas de luna llena se veían los trozos de muro deslizándose hacia el centro de la barra llevándose consigo a las palmeras más cercanas.

Descubrí pequeñas ensenadas que se creaban con los cambios, pozas nuevas, recovecos del mar que ahora entraba en los manglares en cuyas raíces quedaban apresadas caracolas y madréporas. Pozas tibias y tranquilas en las que el agua apenas se movía remedan-

do el vaivén lejano de las olas. Desde una de ellas vi llegar a alguien a la casa de Abril, cada vez más cercana a la batiente de las olas. Cruzó el estero en una lancha plateada que se desprendió de uno de los barcos que se balanceaban en su esquina acostumbrada. Vestido de blanco immaculado se ensució el zapato derecho cuando puso pie en el fango melcochoso que quedaba al descubierto en la marea baja, pero no se dio cuenta. Iba azorado viendo hacia delante, hacia la casa en donde estaba Abril sentada frente a su máquina de coser, haciendo como que no sabía nada cuando en realidad hacía mucho tiempo que debió de haber sabido, informada por los niños, de las intenciones que llevaba el hombre. Esas visitas esporádicas se repitieron desde entonces cada vez que el barco pintado de amarillo atracaba en el estero.

La barra, mientras tanto, avanzó llevándose todo lo que encontraba en su camino. Habían años en los que parecía detenerse, que la batalla contra ella se ganaba, pero después llegaba la época de lluvias y el río crecido volvía a tomar la fuerza necesaria para acelerar su larga carrera hacia el muelle que se veía en la distancia. Tras su paso quedaba el terreno yermo sin un árbol, una planicie calcinada por el sol que hacía brillar la arena ferrosa al medio día. Yo la transitaba después de atravesar el brazo de mar que se unía con el río, esperando encontrar algún escombros interesante, alguna huella de lo que había sido devorado por las aguas. Pero no quedaba el menor rastro, ni de las grandes pilastras que otrora sostuvieran a las casonas. Todo era borrado, arrasado, llevado como pluma por la fuerza de las aguas que lo arrastraba hacia mar adentro en donde se perdía más allá de la batiente de las olas. Lo único a lo que de vez en cuando teníamos acceso era a los restos irreconocibles que el mar arrojaba sobre la playa después de la marea alta. Caminando encontrábamos herrajes, restos metálicos de clavos, tornillos o candados que las olas devolvían totalmente herrumbrados y, muchas veces, rotos. A pesar que pertenecían a las casas que habíamos visto

tantas veces durante tantos años, nunca pudimos reconocer ninguno de los piezas que nos devolvía el agua. Yo iba juntando estos restos del naufragio en la parte posterior de mi pequeña casa. Como las fotografías que guardaba en la ciudad de las alturas, ellos me servían para certificar que, aunque eran solo trozos y retazos, todo formaba parte de una historia en la que yo estaba involucrado. Mi obsesión era sentirme incluido, elemento de una cadena, tal vez para compensar las dificultades que tenía para establecer relaciones con la gente. En una estantería rústica hecha de madera apenas acondicionada fui colocando mis hallazgos, junto a las sombrillas de playa, chalecos salvavidas y otras cosas por el estilo que había heredado con la casa pero que nunca llegué a utilizar.

Mientras tanto, la barra avanzaba inexorablemente hacia nosotros, cambiando de forma continuamente. A veces era ancha en la boca, tanto que desde la distancia se confundía con la playa. Entonces se formaban extensos playones a donde acudían los pájaros marinos que picoteaban en la arena huyendo de las olas. Solamente el centro del cauce era profundo porque seguía siendo dragado para que entraran los barcos sin problemas, pero las orillas eran tranquilas y permitían caminar con el agua apenas llegando a los tobillos. Otras veces se transformaba en un canal bravío que arrastraba arena hasta formar una muralla en una de las dos orillas. Era una pared vertical de arena negra en cuya base se veía una espuma amarillenta que se quedaba sobre la playa durante largo tiempo. Desde la cúspide de estos precipicios, que funcionaban como atalayas provisionales sobre la costa plana, tenía una visión distinta de lugares conocidos. Podía ver los techos de las casonas, el paisaje de palmeras y las montañas azules a lo lejos, con los conos perfectos de los volcanes sobresaliendo entre la masa montañosa. A pesar de que el río nos estaba intimidando, que la barra se acercaba amenazando con borrarlos de un plumazo, me sentía contento con las cosas nuevas que ofrecía. Esos puestos de vigía, por ejemplo, desde donde podía ac-

ceder a una visión a la que no estaba acostumbrado, o las sorpresas que deparaban los restos de metal arrojados por las olas. Además, el paso que llevaba era relativamente lento y nadie se imaginaba que realmente llegaría alguna vez hasta donde estábamos nosotros.

Sin embargo llegó una temporada de lluvias especialmente cruda, con grandes chaparrones que provocaron el desbordamiento de muchos de los caudalosos ríos de la costa, entre ellos el nuestro. Como nunca, el río alcanzó hasta las gradas mismas de la casa, se echó a perder el agua de los pozos y no salió el sol por días. Entonces sí que avanzó poderosamente el agua. Una a una se fue tragando las casonas que caían al mar como grandes animales desvalidos, doblándose lentamente sobre alguno de sus costados, inclinando sus corredores sobre el agua que corría espumosa socavando sus pilas-tras. Se partían estrepitosamente, con largos crujidos que escuchábamos en medio de la noche o en las madrugadas lluviosas. Cuando llegábamos a verlas alertados por los largos quejidos lanzados al espacio, las encontrábamos partidas con todas sus entrañas expuestas a la vista: las habitaciones, las bodegas, los recovecos internos por donde habían transitado, sin que yo los viera, mis vecinos. Las veía respetuosamente desde lejos, sin atreverme a entrar a husmear en las intimidades que habían estado escondidas tantos años a mi vista. Sólo veía como caían desde las alturas hasta el agua y se iban, algunas flotando, otras hundiéndose pesadamente en la corriente que se las llevaba hacia mar adentro. De los bordes rotos de los anchos corredores quedaban colgando cobijas, sábanas, colchones, trozos de roperos que vacilaban un poco antes de deslizarse hacia abajo.

Hubo un momento en que la espuma de las olas estuvo en la puerta de mi casa. Yo llegué por última vez a verla y a mojarme los pies en esa espuma una tarde de febrero. En el lugar en donde había estado la casa de Abril y de los niños corría el agua libremente. Cerré con candado la puerta y partí, tratando de grabar cada detalle en mi

memoria mientras atravesaba el río en donde flotaban las barcas en el rincón que les habían construido.

-XXVII-

Cargué a cuestas el dolor durante muchos años, pero nunca volví. No sabía a dónde habían ido Abril y los niños, ni qué había sido de sus vidas. Yo seguí con mi rutina en la ciudad que trajo ignorando por completo lo que sucedía un poco más allá de sus suburbios. Nadie ahí se dio por enterado del pequeño cataclismo que habíamos vivido en aquel confín marítimo. A nadie le importaba porque ese era un lugar que no existía ni siquiera en la imaginación de muchos. Si yo hubiese hablado de la arena negra, de la playa que se extendía infinita y se perdía entre la bruma, de los barcos que entraban iluminando el río, nadie habría mostrado más que el interés cortés y urbano que se muestra en esos casos. Yo, sin embargo, estaba acostumbrado a que lo mío no despertara el interés de la otra gente. Siempre hice o me interesaron cosas que los demás consideraron inútiles o prescindibles, colindantes con la abulia o el parasitismo social que todos condenaban. Mis acciones no generaban bienes o dinero, prestigio, poder o fama. Eran, por lo tanto, marginales, no dignas de atención profunda o sostenida. Eso pasaba con los sucesos de la playa; si me hubiera, eventualmente, aventurado a comentar con alguien lo que había sucedido, no le habría importado un comino: ¿qué importaba Abril, esa mujer perdida en un lugar remoto, que a lo mejor sólo era producto de mi imaginación enfebrecida?

Así que guardé para mí esos recuerdos, los mismos que parcialmente vuelco en estas líneas, y me enconché como una ostra asediada en la casa en donde tenía el álbum y los libros. Fu entonces que caí en la cuenta que no tenía fotografías de ese lugar que ahora sólo existía en el recuerdo. Inicié así un peregrinaje para sondear entre aquellos que alguna vez me acompañaron a la playa. Encontré

algunas, es cierto, pero todas estaban desteñidas, eran pequeñas y capturaban detalles poco interesantes. No se correspondían con la luz radiante, el intenso verde o el insoportable calor del medio día. Los niños aparecían desgredados, sucios, muy pobremente vestidos, con los vientres abultados y las piernas flacas. Nada tenían que ver, por supuesto, con las cosas verdaderas. En ninguna foto estaba Abril, la mujer fantasma que los había esquivado a todos. Estaba sólo en la memoria de aquellos que habían intentado atraparla mientras nosotros jugábamos al ratón y al gato. Ya no estaban seguros que de verdad hubiese existido, era solamente un recuerdo, una anécdota que se contaba cuando alguna reunión languidecía. Eso era Abril por esos tiempos: un recuerdo borroso en la memoria voluble de quienes no sabían con certeza de ella, a veces una broma de mal gusto de algún borracho en una fiesta. Lo que más me afectaba era que yo debía sonreír aparentando complicidad con ellos, que me pidieran que agregara detalles a los cuentos y certificara la verdad de lo que estaban comentando. Yo hacía todo con tal de conseguir las fotos, aunque ellas mismas falsearan la realidad hasta transformarla en otra. Las colocaba con cuidado en las últimas páginas el álbum, en un orden cronológico lo más parecido al de la sucesión de los hechos verdaderos. Sin embargo, no era mi ojo el que veía a través de las fotografías, era el de los otros que sólo habían llegado de pasada sin que supieran descifrar lo oculto, lo que debía resaltarse en cada trama. En todo caso era lo que tenía, lo que me quedaba, algo parecido a los restos que yo había rescatado de las otras casas entre la espuma de las olas. Esos eran los despojos de la mía, no encontrados entre el agua sino en la sequedad del altiplano en donde yo vivía. Eran los puntales en donde debía afianzar los recuerdos que quedaban, amarrarlos y mantenerlos si quería guardar algo de los años que ahora parecían esfumarse de un soplo.

Por eso decidí volver un día, para ver lo que había sucedido, esperanzado con encontrar rastros, huellas, marcas de las co-

sas que la ciudad guardaba deformadas. Sin pensarlos mucho fui a tomar el autobús que debía bajarme hasta la costa. Al acercarme me di cuenta que desde ahí debía empezar a repasar los cambios: lo que me esperaba era una máquina moderna que después se desplazó, veloz y rauda, sobre una calle de asfalto ancha y derecha en la que apenas se sentía la bajada. Lo primero que vi después de pasar por las salinas fueron los mástiles de los barcos que se mecían en el río. Un bosque de mástiles. No eran ya los tres barquitos que otrora se balanceaban con placidez en las aguas transparentes del estero, sino una flota de pesca con un muelle que se ubicaba en el lugar donde antes crecían los manglares. Los alcatraces y las gaviotas eran cientos dando vueltas alrededor de los buques que descargaban la pesca en enormes cajas blancas congeladas. Había un gran ajetreo, gritos y carreras en el muelle de cemento que penetraba profundamente en el estero.

Del otro lado, sin embargo las cosas no habían cambiado mucho. Habían crecido de nuevo las palmeras y los manglares se habían salvado del arrastre de las aguas. Algunas casas se habían construido de nuevo, no tantas ni tan grandes como antes, seguramente por precaución a que ocurriera de nuevo otro desastre. Y en el lugar en donde la arena se encumbra viniendo del estero para después bajar hacia la playa, la casa de Abril y de los niños, igual que siempre, levantada precariamente, como la volvían a levantar después de los chubascos. Le pedí al pequeño cayuco con motor en el que iba que me acercara hasta la orilla y pregunté por quien vivía en esa casa. Me dieron un nombre que no reconocí, de alguien de quien dijeron faenaba en uno de los buques que estaban en el muelle al otro lado. Me acerqué tímidamente. Primero pasé derecho para ver el mar de olas grandes en marea alta y caminé hasta la barra que había vuelto a su lugar de origen después de haber corrido kilómetros de arena. El sol caía a plomo y me acerqué a la casa que había visto desde el río. En la puerta estaba Abril como esperando, igualita a como la vi la

última vez antes de irme. Me había visto llegar y salía curiosa a recibirme. La saludé, charlamos, me enteré que convivía con alguien de las barcas, que los niños ya no estaban pues se habían marchado hacía tiempo. No me reconoció y parecía guardar pocos recuerdos del tiempo anterior al paso de la barra. Yo no quise presentarme ni tratar que recordara lo que tal vez yo inventaba en mi cabeza.

Pasé la noche en una hamaca colgada entre cocales y temprano me marché por la mañana. El agua transparente, las olas aventando espuma, la brisa matutina olorosa a marisma concentrada. Cosas menores que a ninguna le interesan.

